

PQ
8498.23
A77
L49
1996
Main

R C O M A R T O S

L E V E



3 9001 03571 8587



R E I N O

O B R A P O É T I C A

P E I S A

Leve reino reúne por primera vez la poesía completa de Marco Martos (Piura, 1942) que se inicia con *Casa nuestra* (1965 y 1993) y continúa con *Cuaderno de quejas y contentamientos* (1969), *Donde no se ama* (1974), *Carpe diem* (1979), *El silbo de los aires amorosos* (1981), *Muestra de arte rupestre* (1990), *Cabellera de Berenice* (1990, 1992 y 1994). Bajo el título "Leve reino", en este volumen se entregan un grupo de poemas de reciente creación, hasta ahora inéditos.

La poesía inicial de Martos se caracteriza por una ruptura con el cánón vigente en los años sesenta que evidencia un desgarrón afectivo, un desacomodo con el mundo circundante, de un individuo que en medio de las esperanzas colectivas de otros, no tiene ninguna certeza, salvo la intuición de estar radicalmente solo. Sin embargo, aquí y allá, algunos poemas dejan señal de una esperanza en un futuro compartido.

La poesía más reciente de Martos ilumina situaciones extremas que viven los hombres en instantes de amor o de sufrimiento. Relacionada con la tradición poco frecuentada por los poetas latinoamericanos de hoy, los orígenes mismos de la lengua castellana, o la que viene del Oriente, purificada en rara intensidad, dice más con menos palabras. Expresa también amor y dolor por asuntos que conciernen al Perú.

78 702

MARCO MARTOS

LEVE

REINO

REINO

OBRA POÉTICA
1965-1996

IN
BIBLIOTECA
AVI
174
700
1996



1996

7084602

MARCO MARTOS
LEVE
REINO

OBRA POÉTICA
1965-1996

PB
8498.23

A777

L49

1996

MAIN



Lima / Perú

LEVE REINO / Poesía reunida 1965-1996

© 1996, Marco Martos

© 1996, PEISA

Promoción Editorial Inca S.A.

Av. Dos de Mayo 1285, San Isidro

Lima 27, Perú

ISBN: 9972-40-0001

Prohibida la reproducción parcial o total de las características gráficas de este libro. Ningún párrafo de esta edición puede ser reproducido, copiado o transmitido sin autorización expresa de los editores. Cualquier acto ilícito cometido contra los derechos de Propiedad Intelectual que corresponden a esta publicación será denunciado de acuerdo al Artículo 216 del Código Penal vigente.

Diseño de carátula:

Carlos A. González R.

Composición y diagramación:

PEISA

Impresión:

Printer Colombiana S.A.

Bogotá, Colombia

Este libro es vendido bajo la condición de que por ningún motivo, sin mediar expresa autorización de los editores, será objeto de utilización económica alguna, como ser alquilado o revendido.

Pequeños poemas sencillos

El primer poeta que pude leer en **A Néstor, Marta y Manuel**

... fue Juan María Alberto Vigil, con su descendencia en la literatura peruana, natural de Ayacucho, lugar que con el tiempo se convirtió, tal vez para siempre, en una tierra. Prohibidamente nacido a fines del siglo XIX, fue, según dicen quienes lo conocieron, un profundo conocedor de la tradición literaria, y un lector muy juicioso como lector; admirando por el poeta que no llegaba hacia nosotros desde el lejano "La gobernadora".

Yo soy como una yéndurina
 que ha cruzado los arcos del espacio
 hacia que oscila al infinito
 azul de los infinitos cielos.
 También la voy en noche por llevar
 hacia adelante quedará para mis ojos de la tierra
 azules estrellas del espacio
 Yo soy un tiempo que oscila en el espacio
 quebrando la otra horizontes,
 Yo soy un pequeño pájaro quince.

Se me ocurre estar con mucha intensidad para poder estar siempre en una pocas instantes que quizás existan de la vida humana. Vigil me decía algo que me encantaba y era mucho más bueno que cualquier cosa que yo hubiera leído en la literatura. Él me decía que él no sabía leer en forma de poesía. Él decía que él nunca había leído a nadie que había vivido años en ausencia, años de la segunda guerra mundial, se decía que cuando estaba en un lugar pero en realidad disfrutando de una y otra y pero me impedían leerlo.

Pequeños pájaros efímeros

El primer poeta que pude leer en mi adolescencia, poeta de verdad, fue Juan María Merino Vigil, casi un desconocido en la literatura peruana, natural de Ayabaca, lugar que casi nunca abandonó, salvo para furtivas visitas a Piura. Probablemente nacido a fines del siglo XIX, fue, según dicen quienes lo conocieron, un profundo conocedor de la tradición literaria, y un lírico muy fino, como podemos advertirlo por el poema que ha llegado hasta nuestras manos titulado "La golondrina":

*Yo soy como esa golondrina
que ha cortado los oros del espacio.
Saeta que vuela al infinito
azul de los profundos cielos.
Tiembla la negra noche por llegar
pero todavía quedan para mis ojos de la tarde
azules eternos del espacio.
Yo soy mi tiempo que vuela en el espacio
quebrando los oros vespertinos.
Yo soy ese pequeño pájaro efímero.*

Se necesita vivir con mucha intensidad para poder concentrar en tan pocas líneas la imagen exacta de la vida humana. Vigil me decía algo que me concernía y era mucho más intenso que casi todos los autores que estudiaba en la escuela. Pero nunca lo vi, ni siquiera en fotografía. El poeta de Piura era Joaquín Ramos Ríos, alguien que había vivido años en Alemania, antes de la segunda guerra mundial, se decía que estudiando medicina, pero en realidad disfrutando de una intensa pero no improductiva bohemia;

de vuelta a su lar, recitaba bajo la luz de la luna a Hölderlin, a Goethe, a García Lorca, a Merino Vigil y a sí mismo en parques, plazas, malecones y ocasionalmente en teatros de la ciudad. Fue para mí la imagen de la poesía y aquí le rindo homenaje, tanto como a Juan Luis Velázquez, piurano ejemplar, notable poeta, amigo de Vallejo, a quien más tarde conocí.

Mi primer libro de poemas, áspero y crispado, Casa Nuestra, fue publicado en 1965 gracias al empeño de Francisco Carrillo y al ánimo que me dio Alfredo Portal, compañero de esos y estos años. Así como ellos otros amigos han tenido mucho que ver con la publicación de mis otros breves volúmenes. Cuaderno de quejas y contentamientos con Jorge Puccinelli y Wáshington Delgado, Donde no se ama con Carlos Milla, Carpe Diem con Manuel Tumi y Carlos Orellana, El silbo de los aires amorosos con Luis Valera y Cabellera de Berenice con Roland Forgues y Modesta Suárez. A todos ellos, mi reconocimiento. ¿Y a las musas de carne y hueso cómo no agradecerles? ¿sin ellas, qué poesía habría? Leve reino que ahora se edita, reúne todos los libros publicados y tiene como gestor a Fernando Vidal.

Pequeño pájaro efímero como Merino Vigil o como Ramos Ríos, he vivido lo suficiente como para que, al releer ocasionalmente mis propios versos, sienta el paso de la historia del Perú: la migración provinciana, el modo particular de nuestra sociedad de vivir el amor en estos años, la confianza ahora truncada en la revolución, la búsqueda, todavía con esperanza, de algo mejor.

Obviamente mal puedo criticar lo que escribo, pero si tuviera que escoger un poema mío, uno sólo, que represente al Perú de hoy, paradójicamente escogería "Oración por al-Manzur billâh", que expresa la atracción entre bandos aparentemente irreconciliables. Nada ha acongojado más mi corazón que la guerra interna que hemos vivido durante quince años y que siento como el inútil derramamiento de sangre que toda violencia armada genera.

Y por una vez hablo en nombre de otros: a mi juicio no existe poeta que se estime como tal que crea que las reglas del merca-

do deban regir la convivencia entre los hombres. El crecimiento económico no puede ser un fin en sí mismo, sino una herramienta que contribuya a una redistribución equitativa de las riquezas en cada sociedad.

Lima, agosto de 1996

Casa nuestra

Estos poemas fueron escritos en Lima entre 1962 y 1965.

Oficio

Mi oficio es el canto
el canto de las palabras,
el dulce embrujo
de las sílabas
y las asonancias.
Éste es mi oficio
y no lo cambio por nada,
pero qué difícil es
querer decir algo
y no tener sino gana.

Fábula

¿Recuerdas
los cuentos
de princesas
y animales,
recuerdas
los cuentos
de las uvas
y las zorras,
de la lechera
y de sus sueños,
de la cigarra
y de su canto,
los recuerdas?

1

Te voy a dar
una sorpresa:
también yo soy un animal,
también se han ocupado de mí
sin saberlo:
soy la vituperada cigarra
de los cuentos morales,
soy la cigarra
y canto en el verano

con mis pinceles negros,
con mis mágicas palabras
robadas de los diccionarios,
canto alegremente
a lo que me rodea:
canto al amor sencillo y bueno,
canto a los deseos turbios,
canto al mar —gigantesco mensaje
de esperanzas y torbellinos—,
canto al hombre
y a sus sueños,
canto a todo lo que veo.
Soy feliz,
soy la cigarra de los cuentos.

2

Cuando llega el invierno
me hundo en mis calcetines negros,
me zambullo en el silencio
y abandono mi lira
entre los helechos.
De mi torpe sueño
me despiertan,
la ignorancia,
las preguntas difíciles,
la búsqueda de los valores.
Entonces dejo las aguas tranquilas
y me convierto
en el germen del suicidio colectivo,
en el último balido de la desesperanza,
en el corazón de las granadas en la batalla,
en el furor desencadenado,

en la angustia torpe
y sin causa aparente,
en el heraldo,
en la muerte personificada.
Detrás de cada sonrisa
escondo la guadaña.

3

A veces visito la ciudad
y hago lo que todos:
camino por las calles,
subo a los tranvías,
compro los periódicos.
Me aburro.
Entro en los cinemas.

Quijotesco animal,
pretendo divertirme
con poco dinero.
Babilonia me devora.

Con frecuencia me insultan
y no puedo defenderme:
ellos son numerosos.

El suicidio me sonríe
desde las azoteas
de los edificios altos.
No le hago caso,
regreso al campo.

No lo olvides:
soy la cigarra y canto
y pido un favor
con la mirada puesta
en las estrellas:
búscame un amigo
que me dé pan y vino,
casa y trabajo fácil
en los duros días
que se acercan.
Sé que estamos en febrero,
pero soy una cigarra moderna,
me estoy volviendo cauto.

Contra Critias

Cojo la pluma y digo
lo que me viene a la lengua
lo que siento de adentro
lo que nadie me dicta
Cojo la pluma y digo
radiografía daltónico
o lo que me da la gana
Cojo la pluma y digo digo
y me río de los que piensan
que debí decir otras palabras
De mí también se ríen
pero algo hay que hacer
para evitar el suicidio
la muerte de mi mesa
mi pluma colgada

Todos suponen

Todos suponen
que mis veinte años
encierran juventud
y un sol agradable.
Todos creen
que rezo los domingos
o que soy camarada.
Se engañan.
Soy un ser despreciable.
Destilo pus
y escupo vinagre.
Mi barca navega
sin velas
por las cloacas.
Sé que soy malo,
no se engañen.
Soy malo,
pero trato de arreglarme.

1962

Torre de marfil

Torre de marfil.
Me encierro en el silencio
o en los amores primaverales.

Soy un egoísta
y me da vergüenza confesarlo.

No puedo cantar al pueblo.
Los domingos siento náuseas
en la plaza.
Me repelen
las faldas de colorines,
las butifarras, los anticuchos,
las glorias nacionales.

Soy un egoísta
y puedo suicidarme.

No he leído a Sartre.

Si compasión encubres

Si compasión encubres,
tú, que nada sientes,
guarda caridades
en memorias
que nunca lleguen.
Tal vez tu nombre
no mereces.
Tender la mano
es necesario
sin buscar talentos
y hierbas de Pericles.
Gracias cerriles —que quede claro—
son misterios
que en los cueros malolientes
satisfacen hambres de pirañas.
Por llenar de bronce,
tambores y jolgorios
a tu mundo de almizcle,
de silencio y de nafta,
valles cerrados y ajenos
conocen, conocieron
tus plantas;
y entre el polvo y la roca,
marchitas, desangradas
yacen las uvas divinas
que cruzando los tiempos
a dulces pastoras sedientas

devolvieron la calma.
En la estación de los sueños
nadie saluda a quien escapa.
Nadie te ayuda a cargar
tus maletas doradas.

Casa nuestra

En veleros, en corceles, con sus lanzas, con sus cascos,
con sus letras no aprendidas al comienzo,
en galeras, llegaban en oleadas
y en la casa que era nuestra,
aquí mismo, nos mandaban.

Ellos eran los reyes,
Ellos tenían las armas.

Y cuando al fin se fueron,
después de muertos, de tiros y tratados,
como herencia nos dejaron,
sangre y cruz, lengua y nada
y la casa dividida
en porciones y cucharas.

Ahora los vecinos, las visitas invitadas,
muertos de hambre, nos reclaman.

Política

Por peldaños de pura sombra
llegan hasta cielos nublados,
disfrazan palabras de verde,
verde palabra, licor amargo.

Subir y bajar la corriente
no es oficio a mis huesos consagrado;
las risas que me exigen los que pasan
las transformo con frecuencia
en muecas de sarcasmo.

Confieso que me gustan los desfiles,
las hermosas banderas,
los feriados triunfales,
pero de allí a otros rumbos
existen las distancias,
las distancias, el manzano.

En la puerta del olvido,
mal que bien,
luzco mi linaje de romano,
romano de los malos.
Así porque sí, no me cambio.

Con desusado interés

Con desusado
interés
leo libros y revistas
sobre
la cuestión social
pero no visito
las barriadas
ni quiero alfabetizar.
Cargado
de dudas
digo mi palabra
a los que buscan
mi amistad.
Qué puede importar
lo que pienso
a todos los demás:
yo no hablo
de barquitos
ni hago
juego intelectual;
escribo
para calmar
mis nervios,
casi por necesidad.

Lima

En Lima cada cuadra tiene un nombre me dijeron
y es verdad que he comprobado;
otras cosas se callaron las personas
que en dar informes se solazan:
en Lima cada coche, cada cola, cada rueda,
sardinas y presagios,
sudores ajenos
y humos robustos
sin quererlo respiramos;
en Lima hay un desprecio
por las gentes de otros lares
y a la larga uno añora
a su pueblo, a su gente, a sus calles.

Casa de pensión

Al final de la frente
ya me están llegando
las cosas que diariamente hago:
subir las escaleras,
pisar el sucio mármol,
convivir con siete perros
y con otros diminutos animales,
y ver la cara,
ver la cara y los gestos horripilantes
de marías cretinas
que ortigas debían llamarse.

Nuevos cuidados

Por la costumbre de contar el tiempo sin cuidado
he perdido lustros a raudales:
a la vera de mis años enterrados
hasta hace poco he sido hijo,
hijo de papá.

Cansado ya de dar las gracias al cartero,
(hilo conductor de voluntad omnipotente),
hastiado de robar el pan
que quizá me corresponde,
aquí y allá
me agencio algunos cobres,
algunos trenes que me alejan
de las primeras estaciones.

En honor a la verdad,
mi padre, (la vida, el colegio, tantas cosas),
mi padre es buena gente
y en esta vida de heces
amarillo cetrino
no puede distanciarnos.

Quijote

Todo el año lo he pasado
mirando las caras de las niñas,
creyendo en premios posteriores
que se alargaban siempre
como un chicle
en infinita espera.

Al hacer las cuentas de mi año,
trescientos días menos no me duelen,
pero siempre amarga
hacer el rol de idiota,
como antes, en el siglo doce,
caballero.

En los lances del amor
juro y perjuro
que he de cambiar mis métodos:
hombres serios, hoscos,
eso es lo que las niñas quieren.

Con mi cerebro de cera derretido por tus años

Con mi cerebro de cera derretido por tus años,
carcomido de uñas, de insultos y de escarnio,
epiléptico de pena y con mis huesos triturados,
desde mis cuatro estaciones lluviosas y continuadas,
rodeado de sangre seca y muerta,
desde los signos zodiacales capricornio y sagitario,
desde el fondo de la risa perdida,
desde el límite del fango,
amarrado a tu silencio
elevo mi voz enclenque
hacia el espejo de tu sombra
iguana larga y lánguida.

Cómo darte los abrazos soñolientos y llenos de agua,
esos que forjé —vano iluso— para tu cuerpo de iguana,
esos que tú, en otro tiempo, bajo el signo de libra, anhelabas,
esos que ahora son ausencia, sobre la cual, tú sin saberlo,
descansas,
como dártelos,
cómo dártelos ahora que tu silencio, como nunca, no me habla,
cómo dártelos, ahora que la muerte, la peor de todas,
la que viene de tus ojos, me aplasta,
cómo dártelos,
cómo.

Plenitud

Cuerpos desnudos y limpios y altos,
óvulos exangües
listos para ser fecundados,
besos y abrazos
esclavos de féminas voluntades,
incendios,
plenitudes a la luz del relámpago,
humanidades completas
en búsqueda de misterios ancestrales;
suma y sigue. Todo se hunde
por las puras,
por un capricho
o por secreto código.

Saeta de cielo

Luna algo olvidando alargas tus manos,
colorada piel de fresca ciruela,
pereza de ángel, alas en tierra,
hielo alargas siempre, luna olvidando.
Hielo alargas siempre, fuego, tus manos,
largas y blancas nubes esparcidas,
incesantes heridas contra heridas:
mi torpe corazón agonizando,
vencido verde, loco en flor vencido,
lamiendo a tientas a bermeja aurora
de ti recibe tibias claridades
y olvido doble, largo, triple olvido
lento, ladino lento que enamora
y acorta mi agonía con bondades.

1965

Fin de visita

Ojo en gesto de humo avísame niña
del verde solemne en frasco tiniebla,
silueta sin forma que acerca y aleja,
preludio mañana, luz en tu risa;
sueño y ensueño, permanente vigila,
música, fiesta en el río sereno,
anúnciame a oído, arena, momento;
brillo de amor en ojos: avisa.
Avisa y me iré, contento, alado,
luz en mis ojos manando sin calma,
luz de los astros y luz de la fiebre,
pensando y pensando: niña, milagro,
risa de risas en una mirada
que inventa de nuevo todo y que quiere.

1965

En la hora del amor guardemos silencio

En la hora del amor guardemos silencio
como el silencio total de lluvia y de sombra

en la noche cuando nadie camina
y avanza el invierno

en la hora del amor niña pintura y cuento
en la hora del amor ámame intensa y como yo intenso
intensa picada de amor hasta los huesos
picada de amor diciéndolo o no diciéndolo
diciéndolo ojos espejos
no diciéndolo guirnalda de besos

Te alejas

Te alejas
mi palabra
es otra cosa
aludida
levemente
por las letras
que la nombran
como cualquiera
digo invierno
bruma
con nombre propio
ropajes
que desvisten
los gestos
en tus ojos
importa
un bledo
si levantan
lejanos hombros
te alejas
circunstancia
es silencio
abrigo simple
muerto
rojo

Diccionario de calamidades

Diferente a todos
es mi diccionario de calamidades:
estiércol me suena a campo,
a cielo despejado en la noche sin estrellas.
Y nada interrumpe
la placidez del viaje acabado
cuando con los ojos cerrados
dejo vagar mi mano
junto al aire amoroso
de una muchacha tendida.
Huele a estiércol.
Huele a campo.
Es la vida.
Digo náusea y pienso
en ganas de arrojar
y no en pueblos pudibundos
después de una guerra perdida.
(Tienen náusea los combatientes
esperando a un Dios o a un hombre
que impasible mueve sus fichas).
Curioso sentido
tiene la palabra pecado;
nada significa a fin de cuentas.
Digo pecado
y pienso más de dos veces.

Triunfo

De los ruidos,
de los golpes,
de tranvías,
del fondo de mis pelos,
como un triunfo aflora
el deseo de volver a mi pueblo
que fue pequeño
y que ahora ha crecido
según dicen mis hermanos.
Después de todo son preferibles
las tertulias familiares.

Verdad

Verdad
le doy gabela
sueño
y después
tengo que pagar
los domingos
en mis huesos perfilados
suman horas menos
sin maná
y enrique en las orejas
cuidando como pa
verdad
con toño
con sam
y los demás
con ellos
da gusto
conversar
verdad
y amor o viento
que vengan
decido por mí mismo
y no por los gusanos
que tengo que aplastar
verdad

Evocación

Las calles derechas y soleadas de la antigua heredad,
las torres erguidas contra el tiempo
y el rumor de voces de nunca acabar;
las campanas y las uvas matutinas,
obispos bondadosos en primera edad.
Visión de un mundo deslumbrante,
paraíso de dulces, y sin penas, y con mar.

Humo primero

Con César con elías con elio o con tucán
olor a manzanas y fresas dolientes
y nunca
nunca de prisa llegar
y los libros sin las aulas
y mamá en el hogar
y compramos cigarrillos a escondidas
y a escondidas empezamos a fumar

Cara al cielo

Cara al cielo
a sus cartones
al agua derrumbada
sin escombros
cielo raso
donde escribo sueños siempre
con los ojos
con las nubes del verano
mapas caprichosos
cielo
este cielo
ocho por ocho

Veinticuatro

Aunque sea redundancia,
lo repito una y mil veces:
amo al verano,
amo al amor,
eterna primavera,
amo al amor endomingado,
amo al amor sencillo
de los días de semana,
amo al amor,
eso me salva.

Cuaderno de quejas y contentamientos

*Los poemas de este libro fueron escritos en Lima y Ayacucho,
durante los años 1968 y 1969.*

Para explicar los "Cuadernos de quejas" Cósimo dijo: — "Tratemos de hacer uno". Tomó un cuaderno escolar y lo colgó del árbol con un cordel; cada uno iba y escribía lo que no andaba bien. Surgían quejas de todos colores: sobre el precio del pescado, los pescadores; sobre aquellos diezmos, los viñadores; los pastores sobre los confines del pastoreo, los guardabosques sobre los bosques del dominio y luego los que tenían parientes en la cárcel y los que habían sido azotados por cualquier delito, y los que tenían algo contra los nobles por cuestión de faldas; no se concluía nunca. Cósimo pensó que aunque fuera un "Cuaderno de quejas", no estaba bien que resultara tan triste y se le ocurrió pedir a alguien que escribiese lo que más le hubiese agradado. Y otra vez, cada uno puso lo suyo, ahora para bien: unos pedían hogaza y otros sopa; algunos querían una rubia y otros dos morenas; a uno le habría gustado dormir el día entero y a otro ir a buscar hongos todo el año; éste quería una carroza con cuatro caballos, aquél se contentaba con una cabra; otro hubiera querido volver a ver a su difunta madre, el de más allá, ver a los dioses del Olimpo; en resumen, todo lo bueno del mundo se escribía en aquel cuaderno o por lo menos se bosquejaba, porque muchos no sabían escribir, o, de lo contrario, era pintado en colores.

Resultó un lindo cuaderno y Cósimo lo intituló: "Cuaderno de quejas y de contentamientos". Mas cuando estuvo terminado no hubo asamblea donde enviarlo y por ello permaneció allí, suspendido del árbol, y cuando llovía se iba borrando y ensuciándose y su vista oprimía el corazón de los ombrosenses por la miseria presente y los colmaba el deseo de rebelión. (Ítalo Calvino)

I

Muestra de arte rupestre

Io sono stanco.

¿Para esto matrimonio?

Mis hijos viven en una jaula de locos,
rodeados de extraños, agrupados
vagamente con el nombre de parientes.

En el pequeño jardín
nadie sabe de quién son los pañales,
de quién las camisas, de quién el aire.

Si me descuido
me cambian un hijo por otro.

¿A quién echarle la culpa?

¿A la matrona en esencia bondadosa?

¿A mi mujer, plena de amor y desde hace años
embrujaada por un verso que me costó
noches en vela?

¿A mí mismo de tristes oficios?

Mi sueldo (y el tuyo lector),
no alcanza.

Muchos miran con envidia estos ingresos.

Y hay en este Perú varios millones peor que nosotros.

¡Quiero una casa! Sueño.

Engels, de profeta, opinaba que aquí,
con este sistema, no hay solución al asunto.

Con rabia y sin vergüenza,
sobre las páginas de Engels,
salen con duelo mis lágrimas corriendo.

Quiero una casa. Sueño. Io sono stanco.

Maldigo. Yo soy el muerto en vida.
El que hace reglamentos.

Bartleby en el cementerio de elefantes (poema literario)

Lejos de consejos ejecutivos-babosos capataces-estúpidos,
lejos de gerentes, universidades-cementerios de elefantes,
Bartleby 1969, preferiría también la tranquilidad:
alejado del mundanal ruido, le gustaría
estarse tendido, descansado a descansar;
rodeado de ficciones y poemas más ciertos
que el dulce campo pastoril, Bartleby estaría
deleitoso, dedo niñín en el aire, flores innombradas,
paisajes nunca vistos, fruta por doquier,
Bartleby en jolgorio, Bartleby en trabajo, Bartleby, felicidad,
clara, fresca, dulce agua, enturbiada con amor. Con amor
tantas cosas le gustarían, por ejemplo, entrar
solo, sin ayuda a la Casa de Cartón,
regocijarse en cada término, buscarlo después al mago ése,
quitarle todos sus apellidos, rescatarlo, hacerlo hablar.
Empero Bartleby, prisionero de babosos,
obnubilado y terco, perito en lunas,
trenqueante sonámbulo en huarique de ropa sucia,
en pleno siglo XX a la luz de una vela, lee y lee
y más tarde explica a un grupo atónito o zonzo
las técnicas literarias de José Martínez Ruiz
y cuando no es Azorín, es Jiménez y cuando no,
Unamuno, el popular duele España,
y dale y dale, dale al pedal,
hablando de Ruiz me acuerdo del otro:
ayer, casi en la madrugada vi a Bartleby
echando espuma, candela por los ojos:

en la aldea capital no había sino una librería abierta,
en la librería abierta no había un libro de Juan Ruiz,
Arcipreste de Hita, benemérito. ¡Arcipreste vago del corazón,
reseco y quemado del poco placer, Bartleby del Perú y no
de Hita,

aun en ausencia de Pitas Payas, poco celoso guardián,
espuma y candela, incapaz de hablar a una hermosa serrana
para el feroz combate consolador!

Y no quiero seguir hablando de Bartleby, legal legal
me está dando pena. A muchos en él los veo, muchos
pero pocos,

pocos pero son: de pies a cabeza llenos de barro,
por dentro palabras grotescas, lisuras colmadas de luz.

Ley

Tenga la palabra cosa vacío significado:
lo real y lo ideal alejados habiten de su cáscara.
En virtud de la ley enunciada,
pueda el caminante,
 infatigable buscador de verdades,
hacer justo las cosas de las que ayer renegó.
Y en la rúa nadie lance sombras
 sobre el desconocido rostro,
pues la palabra cosa, como la sombra misma,
exige ojo y brazos humanos: voluntad de creación.
Así mismo con los ojos cerrados y en silencio tenaz,
pueda la muchacha de voz serenísima
decir la palabra cosa,
murmullo de ola o tic-tac de reloj
y pueda juntar en el aire
blanco y negro, ser y nada.
Y no haya contradicción.

Último informe de don Damián de la Bandera
sobre las condiciones objetivas en la muy noble
y leal ciudad de Guamanga, en el año del Señor
de mil novecientos sesentainueve

De baba diminutos esteros, de orines,
tierras cortadas a cuchillo, por centurias
jamás visitadas por el agua.
Para quien busca compañía,
para quien busca soledad, dura es la tierra de los molles;
vocingleros crecen junto a las pencas
y poco más tarde canes acezantes vigilan tu morada.
A piedra y lodo (con qué agua)
cerradas las mansiones coloniales,
cerradas las iglesias,
cerradas las puertas de las casas;
en Burgos un oscuro temor
se guarece y difumina en los pliegues de las sotanas.
Modosas, genuflexas, sibilinas
lenguas osan hablar con desenfado, se adjudican favores,
advierten tus pasos, adivinan tus sueños;
amarus venenosos, no sólo canes, lenguas
tienen por oficio vigilancia, vigilancia.
Trotamundos nacido en las cascadas, dime,
qué conjuro, qué maleficio tan bien hecho,
qué mago de la costa, qué Naylamp
endulzó tus oídos, cerró tus ojos tambaleantes
y como a infante recién nacido
te condujo a la tierra de los molles,
donde el agua llega con cebada, con fermento de maíz
y no es agua,

donde peces disecados o leprosos por los años
se rematan en las plazas.

Para quien busca compañía,
para quien busca soledad, dura es la tierra de los molles;
vocingleros crecen junto a las pencas
y poco más tarde canes acezantes vigilan tu morada.
La cárcel espera, con las puertas bien abiertas
a quien quiera cambiar la miseria de Huamanga.

Poema

No hables de Serpiente, no hables,
o habla despacito, casi balbuceando,
habla para adentro y olvida cuando me hables,
cuando me hables de Serpiente,
esté mi atención dormida,
despierta al otro lado del sueño,
viviendo una verdad más cierta y perdurable,
y un instante de amor
hasta el infinito prolongado,
un instante entonces baste,
para que nada puedan contra nosotros
maleficios, conjuros, serpientes, violines quemados.

Nausícaa nonata

Extiendo los ojos, no muy abiertos,
para que no se me filtren
estas cosas que rodeándome
tú desconoces,
extiando los ojos, antes cansados,
y avisoro tu vientre en estricto perfil,
vientre combado, mapa de madre.
Otra vez extiendo los ojos.
Y contento, me hago dichoso,
me digo a mí mismo:
"Es cierto, petulante"
Y como es cierto,
y tú, Carmencita, eres la madre,
bato palmas interiores,
mi corazón se hace fiesta,
y en mi rostro impasible
nadie sino tú lo sabe.

Carta a Nausícaa

El natural titubeo ante la página en blanco
—tan viejo que sonroja todavía hablar de ello—
aumenta considerablemente y genera
otro tipo de preocupaciones cuando por una misiva
me entero de la bronquitis
que te aflige, Nausícaa, cuando recién
han pasado dos meses
de tu larga estadía en la pancita de mamá.
En mal tiempo has venido niñita:
tiempo de festines dorados, tiempo jamás,
en verdad, carnicero.
Perdóname hija el bajo lenguaje
que empleo:
¡Qué manera de joder el hado maligno!,
tiempo sin fruta o de lima con plaga,
escogerte a ti,
cebarse en tus bronquios endebles,
madurando temprano tu muerte.
Y el Dr. Rub, tan conocido
por su libro de crianza de niños
(me lo imagino de lentes, doctoral y sencillo,
bondadoso, como puede ser bondadoso
un médico en una blanquísima clínica
de amplios jardines) ha dicho:
“No se preocupe señora, yo curaré a su niña”.
Y ha recetado para tu cuerpo niñísimo
inyecciones todos los días

mientras naveguen en agua tus bronquios,
mientras habites en bruma.

Por mi parte —con todo el respeto que la astrología
debe a la ciencia médica— te pido a voz en cuello

que salgas de niebla,

que busques fruta en escondidos senderos,

que bebas el sol, aquí,

donde todavía es nuestro, todos los días.

Poesía

Días y manes menos propicios
poco me traen ahora a ti, mozuela:
metido hasta el tuétano
en tráfgo de nombres,
con mayor intensidad cada te hablo
cada te invoco más, digo nada.
Cómo explicar que tú estás en esto
y estás más lejos y más hondo y más cerca,
aquí, de tan arisca, de pronto tierna;
cómo decir que todo está dicho y sin embargo
quedo temblando frente a ti,
en blanco.

El telescopio más poderoso del mundo

a Camen

Para otras tengo leves miradas, esquivas, sabiéndolas
cambiantes,
locamente cambiantes, da lo mismo, permanentes en el paisaje.
Ni el día ni la noche importan, diáfano mediodía a plomo,
tiniebla que tanto conoces mi vigilia, rabiosamente soledosa.
Tanteo en la oscuridad y toco una mesa, un libro desvalido,
toco tu ausencia oh mujer, mía y mía y mía de punta a punta,
ojos azorados, idénticos a los míos, grandes telescopios
penetrando kilómetros y kilómetros, hilos increíbles de amor,
enhebrando y enhebrando abrazos, abrazos, hijos, abrazos,
griterío en las playas solitarias del invierno,
amor, mujer mía y mía y mía, defensa contra todos
los miserables,
antes y aquí y mañana, mujer mía y mía y mía
como dicen los antiguos hasta que la muerte nos separe.

II

Poema

No es la hora de Rimbaud, no es su hora.
Busquemos lo maravilloso
dando vueltas alrededor de lo concreto;
las piedras calcinadas pisemos:
una mesa es una mesa,
una alta torre, si es iglesia, tiene campanario,
las naranjas amarillean en los naranjales
y un olmo no da peras,
salvo en los sueños de misticismo erróneo.
Rimbaud sí era un místico;
hermosísimo su camino,
árbol de triunfo silente su pereza,
árbol también su voluntad.
¡Qué manera de volar!
¡Y cómo rampan ahora tras su huella!
Tan diminutos son, que el gusano
amplio tórax tiene, poderoso es, veloz ciempiés.
Uno que otro individuo se empina sobre la sombra,
y en la punta del sueño y la locura,
por seguir a Rimbaud,
es rápidamente fusilado.
Claro, eso no debe asustarnos,
pero otro es el camino.
Definitivamente otro.

Casti connubi

Cada mañana, marido y mujer, sentados y limpios,
comiendo tostadas, ruido de rata,
leyendo los diarios, matando las moscas,
hablando del clima, cada mañana,
esperan la noche, el hastío sexual:
fingirse dormidos, fingirse despiertos,
decirse palabras de libros de amor,
cada mañana, marido y mujer,
van al trabajo, regresan, almuerzan,
van al trabajo, regresan, se acuestan,
gordos, lustrosos, años de años,
esperan la noche, matando tostadas,
matando las moscas, matando los diarios,
matando los climas, cada mañana, gordos,
payasos, esperan la noche, el hastío sexual:
fingirse dormidos, fingirse despiertos,
decirse palabras de libros de amor,
cada mañana, rata y rata, rata y rata.

Contra Biaba

Alguien escucha radio y me molesta un poco
mas siendo domingo y estando en solemne paz
con mis pelos y en general con todo mi cuerpo
puedo permitirme alguna seca reflexión económica.
Esta mañana —por paradoja— la leche tuvo menos agua
y hubo razón y no hay paradoja, pues viéndolo bien,
ayer hice un esguince digno de aplaudirse desde los tendidos:
en agotadora marcha frecuenté los barrios menos poblados
y gastando las últimas energías prestadas
asumí la posición del pirata que está seguro de su presa
y hábilmente, clap, clap, conseguí por métodos lícitos
el dinero necesario
para abonarle a la muy respetable señora uno de los meses
atrasados.
Pequeño gran triunfo. Hoy —como dije— la leche tuvo
menos agua.
Pero no es mucho y aún siéndolo no sería suficiente:
la paz negociada con tranquilizantes está a punto de morir
y no debo alegrarme nunca, nunca mientras esto no cambie
y levante mi torpe esperanza desaliñada
y en contrapunto pienso: no queda ningún cenereo
para los buitres del norte y siguiendo sobre lo mismo
ahora que los gestos espúreos solo habitan
el recuerdo de lo pálidamente gastado
cuando la aurora de rosáceos dedos,
cuando la aurora de rosáceos dedos,
siguiendo sobre lo mismo, digo

vuelvo a referirme a las heces, sublimando un poco el lenguaje de cuchitril con el que suelo expresarme, incluso con mi mujer, cuando hablo de toda esta mierda; nada gano insultando pero me desahogo como loco, como perro que por cumplir muerde.

Desearía que apaguen esa radio pero no me atrevo; absolutamente tengo que dominarme:

no es justo que los floridos retóricos

que cultivo con especial interés

se vuelquen sobre alguien en trance de dormirse.

Sin embárgo maldigo la maldita costumbre

de dormirse con el radio encendido, maldigo con ganas,

busco vencer a la biaba, busco alivio,

un poco de alcohol en la frente, un poema,

¡école! un poema. Leo al azar un poema, lo comento:

El bayú de Bárbara

Hace años mientras un tipo moría,

Bárbara mostraba las posaderas al público.

¿Todavía enseñará Bárbara el poto a los fotógrafos?

Debe estar agotadísima.

¡Bárbara! desconocida vedette

en Santiago, Lima, Quito, Caracas o donde diablos sea.

A duras penas

Esperando en la esquina de domingo,
aburrimiento y sopor me cogen de antemano.
Los ojos, rojos, inyectados de cansancio,
miran al cielo azul-insulto, por pasar el rato.
Se demora el muy maldito
y es calor y es mañana y sudan manos.
Vendrá, aunque no quiera:
me llamó hace un rato, desesperado.
Razones de peso me dan la idea:
solo como un perro lo han dejado.
Vendrá y hablaremos
de Julio, de Javier y de unos cuantos
o del cuchillo terco en la desgracia,
picudo picotazo de cuando en cuando.
Mezcladitos los asuntos,
el año tortuoso, limpio y sano, desviado;
hablaremos
de los rusos, de la luna, de libros recién comprados.
Todo
por eludir un nombre efímero, lleno de crepúsculo
y de espanto.
Entraremos al café. Charlaremos largo rato.
Da pica, funde y friega, saberlo de antemano.
Ojalá que algún día nos cansemos de estar cansados.

Hombres y moscas

Supongo que las disquisiciones que a continuación
lucubro,
pueden significar el disgusto de la sociedad de animales,
protectora de los mismos, y puedan también provocar
una lágrima velada, poema de tristeza de la pálida muchacha,
lectora de Corín Tellado y desgraciadamente además
de Gustavo Adolfo Bécquer.

Pero aun siendo así,
considero deber ineludible pronunciarme
y hacer públicas mis preocupaciones sobre los insectos
denominados moscas.

Alejado de toda estadística y de otros asuntos de índole
matemática,
apelo a la comprobación directa, al análisis simple y escueto,
al diario sufrimiento que nos proporcionan dichos animales:
desde hace muchos años, el hombre,
con todo lo que avanza técnicamente hablando,
no logra sino victorias pírricas frente a las moscas;
ellas viven con nosotros, se alimentan de nuestros alimentos,
beben nuestras bebidas y en épocas de mucho frío
se esconden en los rincones más propicios,
en nuestros preferidos lugares de descanso;
después, utilizando nuestra luz artificial para poner huevos
sin dolor, se reproducen de manera fantástica
y la corona de moscas que rodea la cabeza de los hombres
simboliza todos los días y a cada rato
la victoria del insecto sobre el que se dice pensante

y nos habla de los inútiles esfuerzos
de los sabios inventores de insecticidas y de caza moscas.

A este paso lo que nos queda es un firme pacto
de no agresión con las arañas: los arácnidos pulmonados
a cambio de la no violencia podrían extender
hermosas telas por los techos y obtener victorias
parciales pero significativas sobre unos cuantos incautos
de cabeza y camisa negra.

Pero estas son utopías: aparentemente inofensivas arañas
son venenosas y por lo tanto, aliados repudiables.

Francamente la desesperación me lleva al convencimiento
de que la poesía no sirve para combatir (como otros creyeron)
a las distintas variedades de moscas: moscas comunes,
trepadoras y de poco alcance, siempre peligrosas,
moscas azules, aristocráticas, con ruidos de sirena
anunciando su presencia, moscas verdes, armadas
hasta los dientes,
con batir de tambores y generoso desperdicio de tela,
moscas y moscas, agresiones y agresiones,
y algo así como zumbido de bala y muerte y epidemia.

Pero en oriente —y nadie sabe cómo— y eso contenta,
el hombre está empezando a vencer a las moscas
y aquí, la guerra contra las moscas
es vitalmente necesaria,
y esto lo advierten ustedes día a día,
lo sufren en carne propia.

La palabra sólo evidencia el problema,
le pone nombre y corre traslado a quien corresponda.

Pero doy patadas en la espinilla

Lápiz rojo,
reloj,
cuerpo con todos sus huesos,
(una pierna levemente
más grande que la otra).
Con todo esto,
a veces maldigo,
a veces lloro
en el cuarto que cobija
y gusta a mis amigos
y es una mierda.
Con todo esto,
gano algún dinero,
compro comida,
me gusta leer un poco.
Como busco el dinero,
con todo esto,
para mujer, comida o ropa,
pierdo tiempo,
leo poco.
Si no trabajase,
no habrían libros,
y estaría yo,
pobrecito, ratoncito,
en la avenida Abancay.
Pero doy patadas en la espinilla,
tengo un lápiz rojo,

un reloj,
un cuerpo con todos sus huesos,
(una pierna levemente
más grande que la otra).

Estrellita tenía algo de nervios y aludió, nebulosa, a tu nombre con cierta bondad.

Ella necesitaba cariño. Le besé las manos, le besé las manos, de puro contento, por ti,

Vendaval.

A las dos de la mañana

aquella que usurpa el nombre del viejo Giuseppe empezó una rehilante cháchara en mis pobres orejas de pobre cristal.

Cerré los ojos, cerré los ojos, pensé en ti, palabrita,

Vendaval:

entre nubes, en trirreme latino, declinando los verbos, más hermosa que nunca, no busco sinónimos, te vi; el nauta llevaba una rosa, llevaba una ínsula, llevaba una cumbre, llevaba un volcán, las cosas más simples del mundo yo llevaba. Y nadie más.

La hija del viejo italiano, bala perdida, reclinó sus muslos en el gastado petate y estuvo alegre-cansada y dijo mil cosas, perro de hortelano, y poquito a poquito, poquita fe, triscada se ahogó en la saliva de beduinos,

peregrinos, reyes de cartas, sacerdotes de Baco, individuos de lentes oscuros, bailarines, Zorbas de quinta categoría.

Y yo muy tranquilo, me fui al Canadá.

Me fui en ti,

Vendaval.

Eso fue, Vendaval, eso fue.

¡VENDAVAL! ¡GRAN VENDAVAL!, ven venadita, reconócame:

Ego sum servus et dominus tuus.

Relaciones peligrosas

La música no importa dícese:
hay que bailar al son que nos toquen;
y hay otras formas más sutiles, más burdas, más extrañas.
No es el caso: existen, las vemos.
Mañana será hora de decir: "que no fue con nosotros,
nosotros nunca fuimos a bailes, nosotros sólo música clásica".
Algún dedo acusador habrá, alguna conciencia
y ojos desmesurados manifestarán sorpresa,
serán ojos en manos, ojos en gritos,
ojos en cartas, hermosísimas cartas
listas a desmentir cualquier sospecha
y listas para encontrar el aplauso y sexo de pulcrísimas
esposas.
Aviso a mis amigos: no es bueno este baile,
no se engañen, intuyo trampa, veo trampa,
cómo va a ser bueno esto,
en Ayacucho he visto matar gente como a perros,
Ayacucho es como Macondo, quieren echar tierra,
mostrarse buenos, magnánimos, buscadores de genuflexiones.
Pero tengo fama de loco y alguien me contesta:
"No hay que dividir al pueblo peruano.
El que no apoya al gobierno, apoya a la CIA.
Firma el comunicado y déjate morir".
Y no me dejo morir:
vengo corriendo a escribir este poema.

Donde no se ama

La mayoría de los poemas de este libro fueron compuestos en Lima entre 1970 y 1973. Dos textos de la segunda sección, "Dal-tónico" y "Caxamarca", son anteriores.

I Ese lugar donde no se ama

“El infierno es el lugar donde no se ama”.

TERESA DE ÁVILA

“El infierno, en aquel librito, era el lugar tremebundo pintado por los artistas medievales, por donde se paseaba el demonio con su tridente y sus ojos llameantes y en donde los condenados se revolían entre el humo y las llamas, gritando, aullando, en calderas de pez hirviente, lagos de azufre, montones de gusanos y de podredumbre”.

PÍO BAROJA

*Maudit soit à jamais le rêveur inutile
qui voulut le premier, dans sa stupidité,
s'éprenant d'un problème insoluble et stérile
aux choses de l'amour mêler l'honnêteté.*

CHARLES BAUDELAIRE

Leteo

Zumba una biela dentro de la cabeza cansada,
va desollando por dentro la poca pulpa,
por dentro erizadas semillas va dejando
a flor de piel, siguiendo la gravedad
se inclina y aquieta las aguas del Leteo.

Ampolleta que antes fue vaso comunicante,
miserable vidrio estriado, roma punta hueca,
se escapan cianuro con huesos, calaveras,
aserrín, piratas de Salgari y todo.

Por fin el silencio avanzando triunfante,
por fin la nada bañándolo todo,
ese motor que ladra a lo lejos,
ese humo que conduce mi noche,
ese silbido que vive en la luna,

el rencor que me tienes de ayer y mañana,
por fin el silencio avanzando triunfante,
por fin la nada bañándolo todo.

Zumba la biela dentro la cabeza cansada,
zumba el olvido como una biela cansada,
zumba Leteo como una furia cansada, zumba,
zumba la biela y zumba y duele el silencio
inaugurándolo todo.

Dictado

¿Quién es ése que vocifera en la noche
y al mismo tiempo que insulta
solicita calma en nombre de un amado
silencio, quién es, preguntas, pregunto,
quién es ese tumulto de groserías,
quién poca calma, quién ningún freno?
Por una vez, previo vocativo, mujer suave
como ciruela, en el amor única, en el celo,
por una vez, déjame responderte, respondernos;
estamos frente a Nadie, uno que apunta
al ojo de Polifemo, Ulises en picada
¿para arriba? ¿para abajo? Alguien que hace
una broma precisa para romper el silencio
aquí, en el único lugar donde te amo.
Y al rato, como ves, es el que insulta
desde dentro, y súbito es el que alisa
tierno tus cabellos, y entonces es
una llave, un ojo oscuro y mágico,
un toque que tú deseas. Cuando sea olvido
seguirá siendo el que me dictó este poema.

de la sala,

estás con los ojos cerrados,

durmiéndote

en los oscuros festejos.

Mira cómo baila el gordo Manuel,

mira cómo quema el gordo Oswaldo,

mira cómo quema mis pobres poemas;

no te duermas, naranjita, no te duermas,

mírala qué linda viene mírala qué linda va

la revolución cubana que no da un paso atrás,

y si pasas por palacio y si ves al cardenal,

me le dices que hoy no ponga bomba,

porque si lo cogemo, lo vamo a fusilá,

mare mare mare está cantando,

más vale morir de pie que vivir de rodillas,

ay, Carmela,

mira cómo quema el gordo Oswaldo,

mira cómo quema mis pobres poemas,

baila, baila, abre los ojos, no te duermas

cuando conmigo bailas,

contéstame cuando te hable,

contéstame,

despiértate naranjita,

mira cadáveres de muchachas deslizándose suavemente

por el Leteo,

vámonos lejos, oh musa,

canta la cólera del Périda Aquileo,

cólera

que precipitó en el Hades a numerosos héroes,

Odiseo fecundo en ardides,

tente y haz que termine

esta lucha,

este combate igualmente funesto para todos.

Vámonos a sembrar a las montañas,

vamos a sembrar trigo vamos a separar la cizaña,

atos y garabatos, vámonos,

este aire no me gusta,
que no me gusta,
que no me gusta,
que no quiero ver la falta de carne
en mi mesa,
no, que no quiero ver,

el pescado está podrido,
esta agua contiene tifus,
se me muere mi niña,
se me muere,

vámonos a la ciudad,
a la gran ciudad,
vámonos a la jungla de cemento,

vámonos cuervo, vámonos,
no mires allí,
no mires,

ven temprano, bendice a tus semejantes, alquila casa,
alquila comida, alquila luz, agua, baja policía,
alquila medicinas, consultas, ropa ¿sabes que ahora
alquilan ropa? a plazos ¿te imaginas? paga lavadora,
paga a Sears, paga pasajes, periódicos, paga imprevistos.
Un beso tuyo no me cuesta nada, si pago todo.

Los que nunca se darán cuenta de nada,
los animalitos

que coleccionan diplomas
para tener donde caerse muertos,
las buenas gentes

de la tierra
te tienen en un marco,
en lo más alto
de la sala.

Como buena gente de la tierra
te tengo en lo más alto
de la sala,

te he dibujado en aluminio,
para que no te herrumbres,
para que siempre seas hermosa,
para que cuando te mire seas hermosa
como en el primer instante cuando te vi
caminando.

Cara de idiota

¿Seré siempre este tan maldiciente, tan vociferante con el único afán de acallar las voces que me vienen de tan cerca, con el curioso propósito de aplastar el polvo que me baña incesantemente, seré siempre galopante deseo, chirrido de páginas ansiosas de voltearse para siempre, inútil o constructiva voluntad, tan gritando, tan gritando, tímpanos rotos, hasta llegar al silencio final?

¿Acaso alguien cree que a este sujeto le gusta poner cara de idiota desde que *el sol con sus pálidos rayos empieza a cebarse en los sueños de los que viven en la no conocida campiña, cara de idiota en el momento que un cordel, por un instante, tendido desde una azotea hasta un primer piso, no hace sombra, y más todavía, no es un esfuerzo muy grande poner cara de idiota cuando crecen las sombras y el sol declina?*

Y con toda exactitud, si de idiotas se trata, el máximo esfuerzo acaso no es dormir con cara de idiota, no siéndolo, y entre sueños dar minuciosa cuenta de las idioteces hechas durante el día, y ese juez implacable, *trabaja cara de idiota, te crees muy inteligente, dime con quién andas. Te diré quién eres,* y el cara de idiota en un alarde de lucidez recapacita sobre el significado de la palabra siempre, la examina con la vana esperanza de encontrar un resquicio y por fin absolutamente desanimado dice algo: soy tonto y los tontos

nunca hablan, para hablar tonterías mejor no digo nada,
y entonces soy un grito, un gritar un gritar un gritar
sin comienzo ni término.

y en la hora del sopor,

un solo ruido

estridencia ululante de sirena desbocada,
algo que recuerda vagamente a los cañones Berta
que nunca escuchamos,

pero debieron ser terribles

los tales cañones, palillos de tambor ya muerto,
puñete y patada con ninguna piedad
contra mis tímpanos,

un solo ruido

ante el cual toda exageración es poca,
un solo ruido en do mayor,

pero con tonos armónicos,

dentro de la onda, claro, que acompañan prestamente,
un solo ruido preside el paso de la tarde a la noche,
como quien juega, como quien no tiene noticia
que el tiempo se ha de vivir brevemente,

un solo ruido capaz de borrar
como quien corta viento las sonrisas
que esbozamos hace años,

como quien corta viento

un solo ruido preside la entrada en la noche,
una orquesta de ruidos armónicamente dispuestos
a superar con creces

a los que en la tarde

su acompañamiento me dieron,

un solo ruido

gobierna las primeras horas de la noche,
y cuando el sueño es más profundo,
un solo ruido golpea martillo endiablado
y a latigazos me mantiene los párpados suspendidos,
disminuye un poco su marcha

y con chasquido seco

anuncia su existencia al amanecer,

un solo ruido.

Pura pelusa

Mañana podríamos ir
a algún restaurante,
como amigos
comer una buena pizza
y antes embutirnos podríamos
de pan con mantequilla, hermoso en todo tiempo.
Amplia
compradora de sonrisas
nuestra propina,
corazón te quiero cuando caminemos,
brújula perdida,
cansancio,
plomo el silencio.
Me hablarás mañana,
si así lo quieres,
de lo que quieras, como ahora.
Algo diré
de libros que no cambian,
siempre habrá
algún libro nuevo.
Entrarás mucho
en lo poco que escriba,
estampada quedarás
en el verso,
en la tela,
mía de muchos años.
Tal vez —es un decir—

la carne tendrá lo suyo

a escondidas,

tal vez

ni eso y basta.

Pura pelusa,

enojo

y mentira

desde ahora habitan en el canto.

Anacoluto

Oh musa,
permítele al tráfuga profesor de Castellano
—elegido a su pesar para ese oficio—
permítele
lanzar algunos anacolutos,
alguna vez burlarse,
ojalá siempre alguna vez,
acerado sarcástico
contra el cruel oficio, hiato de conciencia,
menos cruel sin embargo que el de algunos colegas
líridas que construyen versos entre tedio y bostezo
y dime qué te diré en las oficinas del estado
donde sólo se espera el día Rojo descanso
y el Aeda
desde años de años elige zumbido de cáñamos
y de voces aledaños
y otros eligen zumbidos
de mitades de centauros que apisonan la tierra
y reciben gritos de bolsillos dispuestos a ser
cueva de dedos pelados
y una voz que allí manca,
tan familiar que de cajón pertenece a la vieja casa
de San Marcos,
voz conocida desde 1958
por su feroz odio a la crueldad del orden
de los burgueses, por los chispazos de cólera
que lanzaba desde el hospital Dos de Mayo,

arisco,

intratable,

sometido a un berbiquí,

taladrándose

los tímpanos.

Menaje

Al fin te compraste las cortinas
que tanto querías y mejoraste así
el aspecto de tu casa.

Al atardecer
cuando enciendes las lámparas,
iridiscente se ve el rostro
de la Modigliani.

Día a día
son más relucientes tus ollas,
tu cocina más limpia y los pisos
en especial impecables.

Desde
la escalera que empiezas
a soñar,

llegarás a la terraza
y desde allí verás cuando quieras
las luces lejanas de los autos.
Duermes sola sin embargo:
a veces un sudor frío,
una ráfaga de viento,
un chirrido de la puerta,
te recuerdan que estás sola
y que en otro tiempo amaste.

Descripción

En el centro de la habitación
una obvia fosforescencia nocturna
irradia calor.

Por la ventana
que da a la cochera sin techo
entra el viento del mar.
En la mugrienta pared,
mirando

a la izquierda,
pegados
con goma blanca, algunos
afiches denuncian el plano
y la pena de quien vive
prisionero de la muy
querida ciudad.

Hay
desorden en las pilas
de libros, en el suelo
colillas, revistas,
papel celofán.

Algo
parece colchón.

Albina
sábana, reverso algo
parece.

Un perro
famélico duerme
con un libro
en la mano.

Finge corazón

Finge corazón,
dile
que la amas,
engáñate
a ti mismo,
engáñala.
Reina
dile
o cualquier
hermosa
palabra.
Después,
cuando
las aguas
se tornen
claras,
no te lamentos,
corazón,
sabes
desde antes
que en las ribas
nacen
flores
y cucarachas.

Puente de plata

Me voy a las arenas calcinadas,
a las tierras eriazas,
donde tu garra nocturna no llegue,
allí donde el amor se trice,
detrás de las esclusas me voy:
mis ojos no verán más
los aceites festinados,
los campos olivos,
la fuente nueva;
donde no haya nada,
allí me voy.
El puente de plata
lo tiende la muerte,
la voluntad de muerte,
la tengo yo.

es una columna de palabras,
un espiral que rodea tu nombre vacío,
es diciembre, la pelona que sonríe,
el viento del fin.

Nefasta canción

No esperanza será mi canto,
no amor
ni sus destempladas cuerdas.

No.

No golpearé la pared
con la frente,
no daré gusto a nadie,
no mesaré cabello alguno
ni veré mañana con fervor.

No.

Éste es mi regodeo:
cavar un hueco,
comer tierra.

Ésta es mi delicia:
el puro retín de un sonido
callado.

Éste es mi mundo:
dondoneo de ciego,
ineluctable por siempre,
nefasta canción.

Poema de Sancho

Brinca
 la tablita
que
 ya
 la
 brinqué;
bríncala
 tú
 ahora
que
 ya
 me
 cansé.

Marina

Hermoso—

Delicuescente día de bruma

Que antaño abominé—

Abominé

Antaño el hermoso y delicuescente

Día de bruma

Tan hermoso como la palabra delicuescente

Es hermosa

Con un significado vacío

Que alguien puede llenar—

Si algo puede placer

En un día de bruma

Cuando se ha calculado ir a la playa

A gozar del sol del estío

Reverberando

Sobre las manos del mar.

Antaño

abominé del día de bruma—

Delicuescente y hermoso—

perfume— extraño placer—

Curvado puente

Sobre un río de guijarros

En el sitio donde diz

que vive el mar.

Del vaso que blanquea

A los belfos del caballo—

De los belfos que blanquean

Al ruido del mar.

II Sueños de Alonso Quijano

*Guiomar, Guiomar,
mírame en ti castigado:
reos de haberte creado,
ya no te puedo olvidar.*

*Todo amor es fantasía;
él inventa el año, el día,
la hora y su melodía;
inventa el amante y, más,
la amada. No prueba nada,
contra el amor, que la amada
no haya existido jamás.*

ANTONIO MACHADO

Daltónico

Soy un daltónico raro
Todo lo veo negro

La estética abajo
Lo bello puede ser feo

Mi miopía ha superado
A todos los cristales

Mi miopía y el sol
Me han vuelto ciego

Desvarío Duermo
Todo lo veo negro

Soy daltónico y ciego

Dame Dulcinea
Una línea de esperanza

Dulcinea existe

Esta noche se cierne sobre Barranco
Tú eres una niña linda que prefiere escuchar
y lanzar intermitentemente palabras
que dan contento y encienden el rostro
del desdichado y aun en medio de la niebla
y la sombra de Eguren macilenta, tierra
de por medio y días, suena tu voz dentro
del campanario, dentro de la campana sola,
como el aliento que nace de tu sonrisa,
como tu mano viniendo de lejos,
como tu mano junto a mi mano.

¿Quieres ver Fidelius?

Claro que quiero, por eso a tientas
te he venido siguiendo, estremecido
como un niño, colmado de pánico
y alegría, y en segundos interminables,
por eso he buscado el azar necesario
para que tú hables.

Ahora, desde
lo más recóndito de las entrañas,
en medio de la niebla que cubre Barranco,
solo, en la campana donde titila tu voz,
yo te bendigo.

Caxamarca

De Cajamarca sé

lo que todos saben:

Allí está todavía Atahualpa

con la mano

En Alto, prometiendo oro,

allí Riquelme

Recibiendo jaque mate,

allí Pizarro

Calma ofreciendo y luego

allí mismo

La sangre de Atahualpa

derramada.

De allí salió enojado

Hernando de Soto,

El más tarde Adelantado,

clemente

En perdonar,

hombre de gran juicio

Y cautela.

No conozco la ciudad

Pero la amo:

mis ojos en los tuyos

Caminan

y miran

contentos

esas

calles

soleadas.

Vigilia

Despiertos
dentro del sueño
mis ojos
de neblina
y hierba

lentos

palpan
tu cabellera

lentos

se hunden
en tu espejo
de agua

Tu risa

Fresca
como
el agua
cuando
quiere
transcurrir,
blanca
en las mañanas,
en las noches
sed;
súbito,
presencia
en mi memoria,
blanca
grana,
paz.

Delirio de agosto

Tú sostienes
que aquí en Lima hallas en mi soledad
un camino que era tuyo, del
que huías.

Triste can muerde tus talones,
tristísimo en el serpentín
donde te encuentras.

Esta es Lima, la dorada,
éste el damero de Pizarro.

La llamaron
gran aldea en otro tiempo y ahora
es más aldea cuando escribo.

Digo, dicen:
éste es el infierno.

Sucede que éste es
el infierno como dije,
soy zurdo niña, no
siniestro, el infierno está aquí, aquí
mi casa, éste el lugar maldito donde no
se ama, aquí vivo, aquí trabajo, aquí te amo.

*Tú vienes de visita, gentil
gentilísima, afectuosa.*

*Te tomo la pena, lo que me das,
y escribo.*

Si vinieras de otro modo,
si tendieras los puentes como quiero,

otra historia sería, otro serpentín
lleno de vericuetos.

En algún
momento, sin embargo llegaríamos
a una puerta distinta del infierno.

Y si
en otra ciudad nos encontráramos,
tendría

también su damero de Pizarro,
sería

también la horrible, la maldita,
la verde de desfiles, la indiferente
ciudad que no sé por qué diablos
queremos tanto.

Y si tuvieras otro nombre,
otra palabra, otra figura,

serías
de todos modos la niña linda
de vestido azul, la sonrisa,
la sonrisa que ahora amo.

Y si
camináramos juntos, algún can
mordería tus talones, y si por salvarte
te llevare a un rellano, en llegando
como dicen, estaríamos maldiciendo
como ahora lo hago,

maldiciendo,
borbotando, escupiendo, insultando:
al puro infierno, de otro modo
habríamos llegado.

*El infierno lo llevo dentro,
soy zurdo, niña, no siniestro.*

O al revés, como tú quieras.

III Cigarrales

por Pavel Parodi

Explicación

Mientras "armaba" los poemas de este libro, he pensado que no es bueno que todo sea visto desde una perspectiva pesimista.

Sólo por esa razón, incluyo aquí algunos experimentos de Pavel Parodi, poeta que a veces me visita y que tiene poemas que como verá el lector zaborí, explícitamente imitan (¿o plagian?) a textos muy conocidos de escritores peruanos algunos, (Vallejo, Pérez, López) o de otras nacionalidades (Nossack, Salinas visto por Spitzer, Cardenal, Juan Pablo Castel). Como dato curioso añadiré que Pavel Parodi tiene especial predilección, por los siguientes autores: Jorge Luis Borges (Sólo por Borges y yo), Antonio Machado (Sólo por Juan de Mairena y Abel Martín... y los otros apócrifos, claro), Eduardo Barrio (Sólo por la novela Los hombres del hombre). Julio Ramón Ribeyro (Sólo por su cuento "Doblaje"), Max Aub (Sólo por su Antología traducida).

Como éste es un libro de poesía, dejo para otra oportunidad disquisiciones más precisas sobre este personaje.

M. M.

Claudia, azul antiguo

De ti quedarán esos requiebros
por las calles de Lima,
esos topeteos y agarraditas
de manos debajo de la mesa,
el dulce que me diste
en la boca en un snack-bar
del centro, porque he leído
a Cardenal y bien lo copio,
pero no quedarán los nombres
de los tipos con quienes
me traicionaste, simple
y llanamente porque no
tienen nombre y basta.

(A la manera de Ernesto Cardenal)

Diré algo de ti que suene a cascabeles

Diré algo de ti que suene a cascabeles:
tu piel y tus ojos son literatura,
no existen sino cuando te pienso,
cuando con violencia te dibujo
y desde el risco más escarpado
te arrojo al mar
para darme el lujo de rescatarte.

Cuando sueñas, no existes,
ni siquiera cuando balbuceante
me cuentas algo de esa noche
llena de luces de bengala
y fuegos fatuos.

Cuando te hallas inmersa
en esos trajines diarios
que te hacen de todos,
cuando caminas por galerías
donde estalla la luz,
cuando lees un libro,
cuando hablas con otro,
no existes,
en definitiva
estás borrada del mundo.

Por conceder algo
y rematar el poema,

diré que eres una planta,
vives de noche, de día,
ofreces tus frutos sabrosos.

Pero vengo hacia ti,
te miro como un dios,
caminas.

Eres por primera vez mujer.

(Escrito después de leer un ensayo de Leo Spitzer
sobre la poesía de Pedro Salinas)

Amuleto

A María Iribarne

Si eres un amuleto, uno de esos raros objetos
que dan vida a quien naturalmente los posee
y viento helado a quien los toma por artimaña
o fuerza, si eres un amuleto,
plena sagacidad y audacia,
maravilloso don humano
de decidir con la cabeza,
si eres,
¿qué haces por ahí con tu cara de mohínes
dando pena, con esos cruces de ojos
que te hacen cosa entre tantas cosas,
simple rostro recibiendo la sal del mar
o el incienso de las botas?
¿O me equivoco y no eres un amuleto
sino un relente que llega hasta mi caverna,
una verdad de tan cierta, inexistente?

(A la manera de Juan Pablo Castel)

Diminuto homenaje

Dice la objeción que una flor
revienta de hermosura
aunque nadie la vea.
Pero yo objetaré a mi vez
que la flor enrojece de placer
cuando alguien la contempla
admirado.

Y creo que una mujer
se vuelve más hermosa y radiante
si alguien le dice en verdad creyendo
aquello que fue evanescencia
en el espejo.

Vuelve por eso
pequeña flor secreta, vuelve
a enseñarme tu rostro humano.
Así nuestra canción será
más hermosa
aunque nadie la vea.

(A la manera de Hans Erich Nossack)

Danza de la mujer ebria

“Peritura amoris rabie”

CARMINA BURANA

Danzas alrededor del carnero.

Tu menudo pie de otro tiempo aquí,
tus caderas allá, danzan
con vida propia.

Cuando cesa la música,
recoges, displicente,
raíces y hierbajos.

El viento orea tus trigales
y arroja tu olor de hembra
a la recua de gallos.

Así, en sus ojos danza
el vino y la tersa piel
de tus piernas.

De improviso, un matorral
te ciega: ansiosa
deslizas junto a ti
esta o aquella sombra.

Luego vuelves, oronda
y pudibunda, y cogiendo
con apuro raíces y hierbajos,
danzas alrededor de ti,
sola.

Elqui Tellagorri Galchagorri
ongui etorri onerá.

Ostutzale erantzale

Zu cerá.

(A la manera de Juan Morillo Ganoza)

Morriña

¡Cuán horra de finalidad está mi vida,
cuán pocas cosas llaman mi atención!
Pudiera aventurarme en la calle
si el Dios benigno menos
monotonía diera y más pan.
Saludo con avidez al pequeño arcano
y gasto tiempo tiempo en develar el mal.
Morriña, vecino pobre, en la puerta
del fin también se tē quema y tas.
¡Cuán horra de finalidad está mi vida,
cuán pocas cosas llaman mi atención!

(A la manera de César Vallejo)

El viaje

I

Dejando atrás
a Chosica, Chaclacayo,
San Mateo, Matucana,
presencia del invierno,
brazos de muchacha,
por la negra sierpe,
por la tiza blanca,
voy subiendo
lentamente
a la tierra
de los huancas.

Infiernillo,
lección de geografía,
llave de mi mundo
en los sueños infantiles,
Infiernillo,
Oroya soñolienta
como el humo doloroso
que mancha
las estrellas,
Infiernillo,
Ticlio, nieve,
leche derramada.
De pronto, Huancayo,
Perú,
verde como un mapa.

II

Mantaro,
tienes nombre
de balsa,
de niños
jugando
con trenes,
de apagada
algazara,
rayita verde
en blanca mañana.

Mantaro,
amigo bueno,
agüita mansa,
besando
la tierra,
dulcemente
trabajas.

(A la manera de Hildebrando Pérez)

IV Un rato se levanta mi esperanza

*Un rato se levanta mi esperanza.
Tan cansada de haberse levantado
torna a caer, que deja, mal mi grado,
libre el lugar a la desconfianza.*

GARCILASO

Ajedrez

A Telésforo León y Jorge Anselmi

Un hombre está inclinado
Sobre escaques.

O libros.

O muchachas.

Inclinado sobre escaques,

ajusta los trebejos,

Mira bien,

distribuye y luego manda

Torres almenadas,

obispos como espadas,

Corceles corta viento,

peones que siempre avanzan.

Sinfonía de Cristal y/o escarcha.

En columnas de ébano y marfil,

Marfil y ébano azuzan en silencio

El asedio ritual e interminable

A una y otra Dama.

Aquí los infantes siempre

Ganan,

mueren como moscas y siempre ganan.

De los peones es el mundo.

Ellos llegan

A libros y muchachas.

De los peones,

el fin

Y el comienzo.

Todo,

incluso la palabra.

Una y otra vez lo escanciado desaparece;
sonríe tu voz, repito, sonrío tu voz
y en el vaho que inunda la habitación,
un terciopelo que se puede palpar con la mirada,
un cubículo secreto donde un diminuto hombrecito
maneja un ferry.

¡Bahía de sombras!

Viscoso todavía, puedes atisbar la nueva trivialidad,
la sucesión endemoniada de imágenes y gritos
de los que anuncian que ya se avecina,
que ya es llegada la edad de una historia fecunda;
empero una dulce canción vence a los altavoces
más potentes: en cámara lenta, irrepitable,
junto a un borracho-beodo, una muchacha-doncella
extiende las yemas, a renglón, los nudillos
y, mirada de muy cerca, con las palmas aprieta-apreta
el cuello-pescuezo del dionisiaco-apolíneo-bebedor;
¿lo mata? no, lo acaricia, lo cubre de flores-rosas;
él responde con besos. Ambos beben el néctar,
de verde botella, no el verde limón.

Quedaba escanciado para ti el más oscuro,
el más astuto veneno. Tú, que no cojo,
ni manco, ni bizco, ni tuerto,
deshecho, vivo como nadie.

Por encargo

Por encargo, en Lima, en setiembre de mil novecientos setenta
Hablo de ti. De mí. De otros —solos o juntos— vilipendiados,
Escarnecidos. Hablo de todos éstos, a pesar tuyo, encanallados.
Hablo de los que pululan poco sonrientes alrededor de los
Prostíbulos.

Hablo, escribo:

Alguien da vueltas alrededor
De un parque, de una plazuela como me gusta decir a mí,
Se hace lustrar los zapatos, se deja mirar las líneas de la
Mano por una gitana. Al frente: un edificio. Alguien.

Y tú piensas:

“Pobre niño, pobre hombre, pobre gitana, gitanilla, mujer
De camino polvoriento de España, ahora buena suerte
de manos
Sudorosas y calmas, cansadas de sestear a pesar suyo día
y siempre.”

Día y siempre mira cómo suben rápidas las hormiguitas que
Trabajan, mira este trozo de mar recortado del mapa, míralo
Bien: es nuestro. Ahora, cierra los ojos, ya que la vida es sueño,
Sueña un poco: mira esta escala, escalera del triunfo, escala
De haberes, lee este periódico, vibra, mira y mira, no hagas
nada.

Salvo leer, caminar, llegar temprano.

Mientras tus y mis otros

Ojos pululan en una realidad demasiado evidente, Osmán,
Cordero de Dios, carne de presidio.

Sicut dicebamus hesterna die

Ahora rojo pálido veo, una cresta que apenas asoma sobre un piso rugoso.

De inmediato percibo,
al exiguo canoro amarillo vejado.

No muy al fondo siento la tierra recién removida, el olor a yermo relente, empero en tamborileo cribado, furor de campanas acercándose sin pausa, con gran facilidad mascullando ser nosotros, berreándolo, motor encendido y luego otro y otro, mezcladores de supuestos piadosos enconos, mentecata presencia, ni visita siquiera, enemigo que vive en casa dueño y falso señor de este palmo de tierra, como decía, supuestos piadosos enconos, terrible coctel de asfalto derruido que se nos filtra por los ojos y por las fosas nasales donde solamente el olor a hembra, a césped o a flor sonnos gustosos.

En las fosas nasales, olor a piedra, desazón a piedra, aunque no creas, encandilado, y otro más feroz aún, el que definitivamente mata, olor, sabor, y en pocas palabras, presencia en cuerpo y alma de gasolina mal quemada, derecho de los motorizados, los reyes de la migaja, los que encontrarán siempre buenos pretextos para cortarnos la lengua

a todos los gallitos pelados.

Sopa de letras,

estridencias que nos lanzan,

bagaje de los que habitan

la parte alta de la tortilla,

como decíamos ayer,

en voz no muy baja.

Monólogo de Humareda

Ese día ondeaba la svástica en el Arco del Triunfo.
Rue de Londres dije al taxista.
Callado / comiendo bigote / apretó el acelerador /
perucha / ¿por qué no hablás? / dijo cuando llegamos.
Era porteño el puta / ¿qué iba a saberlo?
Pero después no quiso hablar
porque los taxistas hablan mientras conducen.

Qué pena ver la svástica en el Arco del Triunfo,
esas mujeres tan hermosas en la calle,
tan lindas que provocaba pellizcarlas,
sentirlas vivas, besuquearlas lentamente,
esas francesas que lloraban cuando la svástica,
me revolvían el pelo como a un crío,
sube, se me subía la sangre al caletre,
y heme allí, me llamo Víctor Humareda,
te lo juro hermanito, con sombrero
de hongo en plena torre de Babel.
Combien madame? Combien Madame?

Payaso triste ¿no? Así era en esos años.
Ayer no más, no aquicito, sino otro ayer,
en afán de darme a una madame de mi vecindad,
de La Parada, farfullé algo, me salió mal:
el comprador dijo, *esa mujer tiene las piernas
muy largas— te falta vida— usa color— ese amarillo—*

*esa pura bilis revuelta de entusiasmo— enfãngate Víctor—
tú sabes—*

y como sé, le dije que no.

Piernas largas tenían las mujeres del París del 900
que no vi, así eran los hombres del affaire Dreyfus,
con barba me los imagino ahora, Marcel Proust
saliendo de su cuarto forrado de corcho,
así era, como un rayo de luz
en la puerta del infierno.

Cerveza-can-can-can-can-cerveza.

Y luego Modigliani. Y antes esos aviones
que parecían llegar a las estrellas,

no como ahora que sabemos que no llegan.

Perdón, y luego Modigliani. No era un pintor.

Cuellos largos: manos de poeta.

¿Qué estoy hablando hermano?

Dame

un jugo de naranja, pero con agua tibia
como para té.

Mi corazón está bueno,
mi corazón está bueno, pero algo no resiste,
búscame mis pinceles, tengo que pintar
una svástica en el Arco del Triunfo,
unas mujeres llorando, las botas otra vez
venciendo, tengo que pintar, aquí un taxista
argentino, unas mujeres de piernas
largas, un petimetre de ojos de fuego,
un Humareda tomando café.

Setiembre, Santiago

Cambian los tiempos, amigo,
¿qué te parece?

En setiembre
se abrasa la edad florida y un sabor
a ceniza va creciendo como una buganvilla
en tus labios.

En la mañana azul
al despertar dirías lo que un melancólico
poeta dijo hace tantos años.

Pero

en esta mañana de primavera un cielo
panza de burro anuncia la persistencia
de lo trágico.

A tantos han matado en Chile
que es ridícula tu pena

y la de tantos,
ridículo y mezquino tu dolor individual,
ridículo y mezquino el dolor del poeta
que sueña un verso que al despertar
olvida.

En la noche no tuviste lápiz,
papel tampoco, sólo una gana ubérrima
de escribir versos mientras
la radio en sordina anunciaba
números que son péndulos,
péndulos que son muertos,

de Arica a Santiago, de Valparaíso
al Estrecho de Magallanes, lejos.

Lejos se abrasa
el lúgubre amanecer del Mapocho,
las fuerzas fascistas disparan,
y en sordina, en débil contrapunto,
balbuceando apenas, unos cuantos fusiles
leales respuntean la alegría, lejos.

Lejos,
en el estadio de Santiago, en cuarteles,
calles, plazas, hospitales, fábricas, carreteras,
de Arica a Santiago, de Valparaíso al Estrecho,
números que son péndulos, péndulos
que son balas, balas que son muertos,
asesinatos a mansalva, lejos.

¿Qué decir?

Ridículo todo.

Ridícula esta poesía.

Muerte de Salvador

Hace dos días murió Allende.
Quiero creer que lo mataron
pues un hombre leal y fuerte
para construir usa las manos.
Para construir usa las manos
quien busca siempre la victoria;
quien siempre busca la victoria
crea alegría con las manos.
Hace dos días murió Allende.
Puedo jurar que lo mataron.

Muerte de Néstor

Se ha ido Néstor.

no hace mucho también se fueron

Leoncio y Roberto.

A los tres los recuerdo llevándonos a los churres

A correr como locos por el cauce del río seco,

Al tiempo que nos decían por vez primera

El sagrado nombre de las cosas:

sapo,

Lagartija, chilalo, algarrobo.

Más tarde

Néstor me enseñó a leer.

Inventaba para mí

Los más hermosos cuentos.

Por él imagino

a Piura, su ciudad, mi ciudad, viajando

En alfombra voladora.

En las tardes del estío,

Bajo el sol de fuego, mi rey vencía al suyo,

Sólo porque él quería.

Fue bueno, como

El padre de cualquiera.

Fue bueno.

La gente lo sentía.

Y tú mi pequeñín,

Mañana cuando crezcas,

ojalá pienses de mí

Lo que pienso de tu abuelo.

Carpe diem

Sobre los poemas de este libro, su autor ha dicho que "fueron escogidos entre otros similares con el propósito deliberado de expresar la vivencia amorosa". Su composición data de 1979.

Rito

Hoy, ayer y mañana, hoy, en este instante,
en el punto inmóvil donde todo y nada sucede,
para purificar el dialecto de la tribu
colocando cada palabra en su lugar,
habla la poesía, habla poco, cumpliendo
su obligación, y sin que nadie la invente,
esparza o desordene, evidencia el orden
y desorden de la vida, orden y desorden y furor.
Y para que la tribu quede contenta
usa palabras del lenguaje de hoy
pues las palabras del año pasado
pertenecen al lenguaje del año pasado
y las palabras del próximo año
esperan otra voz. Y en el punto inmóvil
donde todo y nada sucede, esa voz es esta voz.

Varona y varón

Varona y varón,
desnudos frente a frente,
desnudos con esmero,
son presencia impalpable
de la gracia del quién sabe.
Nada pueden contra ellos
ni el miedo que bien sienten,
ni lo espaciado de los encuentros,
ni la envidia de los solitarios,
ni el viento de los que murieron.
El fuego es tan su salsa,
tan feliz como un niño,
tan se escapa por un tubo,
tan se oculta o parece nada,
que induce a la pareja
a desnudarse con esmero,
a juntar aire, y tierra,
aumentando la ternura
para empezar de nuevo el acto
más hermoso de la vida:
varona y varón.

Daguerrotipo

Nunca averiguarás.

En el daguerrotipo la muchacha deslavazada
está enseñando la radiografía de un hueso suyo.

Blanco es el talón de la muerte,
susurra, y Aquiles caminaba ligero.

Y en la duermevela de ese verano
la niña rápida muestra en lo alto
el perfecto talón mientras el entusiasmo
brilla en los ojos del lector de Keats,
pantalón blanco, zapatillas, bigotitos.

¿Era posible y concreta?

¿O como decías, Hildebrando,
un dulce, inalcanzable veneno?

Nunca averiguarás. Nunca averiguarás.

Te queda ese clavo de olor.

Fluir

Dije:

oh muchacha, fluye suavemente
mientras dure mi canción,
fluye: suavemente mientras
dure mi canción. Dos veces
dije. ¿Dos? Sí, dos.

Sin embargo, sin embargo
la más arisca fue quien mejor fluyó,
la más arisca fue quien mejor fluyó.
Y no termino mi canción,
no termino mi canción.

Respiro:

no termino mi canción.

Hifalto

Empacados quedan los muebles que de tan lejos trajiste,
es tuya la casa que mi padre soñó para nosotros,
y mientras corres por la playa te vas quedando para siempre
con mis niños. En la mañana, en la tarde a veces,
en la noche, deslizas tus ojos febriles por los libros
que antes no quisiste. De rato en rato voces hay
y me cuentan de tus sonrisas por las calles de Lima.
Mas todo ha ido cambiando: en la casa no vive nadie,
los niños van creciendo y con ellos el olvido:
pronto seré sólo un nombre, una revista
que llega el séptimo día. Estoy solo aquí
y pienso: ¿para que añorar lo que no tuvimos?

Natural mind

El mar que ahora es verde con escamas
Cuando se canse será azul color índigo
Y su tiempo lo tendrás en la memoria
Dibujando en un pasado que no existe.
Así te imagino como sosías
De la muchacha que tan bien conozco:
Haciendo mañana lo que fuere
Tu camino será como un río
Insensato y no previsto en el código.
Los días en mis sueños son iguales
Y llegando los descompagina loca
La fuerza absurda de tu agua
Que avanza ambigua y torpe. Por eso
Elijo el mar verde con escamas
Sabiendo que será azul color índigo
Con su tiempo guardado en tu memoria
Dibujado en un pasado que no existe.
Mejor me contradigo y me propongo
Decirte claramente que te espero,
Aunque en verdad no sé qué hago
Escribiendo palabras por las puras:
Prefiero arribar al mar que tú eres
Ignorando si azul o color río.

Primera versión

Si deambulamos por las calles de Barranco
Uno a uno perfilamos los pasos de la especie,
Y si una mano se niega, compulsiva,
A la mía que estremecida se le ofrece,
Es la tuya y es la otra y la otra y la otra,
Primera mujer que ante varón se conmueve.
Y quien reprocha a la razón mucho dominio
Sobre gestos que lentamente mi cuerpo tiene,
Es tu voz, por supuesto, a la deriva, entre
Luces de carros que se apagan y se encienden.
Y quienes se entregan un ratito y otro largo
Al amor, somos nosotros, limpios mal que pese.
Y aunque el tiempo pase veloz y dé miedo
Mientras el toque de queda nos envuelve,
Si deambulamos por las calles de Barranco
Uno a uno perfilamos los pasos de la especie.
El día es circular, lo supongo muerte,
Y este verso con desaliño mal repite
Otras líneas de desafío y amor perenne.
Y aun sabiendo de antemano la tristura
Que tu instante de amor acaso deje,
Cuando te vas, y ya te has ido, es la muerte,
El derrumbe inesperado, el derrumbe simplemente.

Lámpara

Si te toco el brazo por azar,
por azar buscado, por azar,
rápido separas —oh qué rápida—
el brazo de todo el cuerpo, por azar.
Y en tanto rozo tu brazo inerte —de verdad—
busco imágenes absurdas para ti,
y en tanto me restrego los ojos otra vez
busco imágenes absurdas para ti.
Y no sé qué hacer con tu brazo que al azar
viene a mis manos no sé para qué.
Un no sé qué —huy— quedo balbuceando,
palabras que danzan —oh qué rápidas— por azar:
escrudriño —brazo—lámpara—azar,
oh qué azar, tú, muchacha, lámpara sin luz.

Juego de manos

El suave erotismo de estos años con sus pausas y desidias,
las escenas curiosas de celos absurdos como todos los celos,
los billetes que nos mandábamos a la usanza del XIX,
rondas de niños, dibujitos, frases de doble sentido,
los deliberados cambios de tema de tu obsequiosa sagacidad
atenta todo el tiempo a cumplir sólo mis mínimos deseos,
todo esos mendrugos de ternura que me prodigabas
 con displicencia,
terriblemente sabia, perspicaz, instintiva
hasta la temeridad de exhibir una relación que no existía,
cúmulo sin importancia, negligencias que a un adolescente
causan la muerte por un día, por dos, hasta que te reemplaza
 por algo,
bagatelas que empiezo a extrañar cuando todavía
estás a toque de teléfono y nada ha terminado,
ni siquiera la vida en común que no habremos ni tuvimos
por la absoluta torpeza de confundir todos los días
el fuego de la vida con nuestros juegos de manos.

Violeta

Hembra, hembrísima valiente
mi compañona aquella
del febrero aciago.
A quien la mirara le parecía
la Violeta aquella del desterrado.
Desterrado en mi propia ciudad,
perseguido y apaleado,
viví días negros negros
mal mi grado,
pero tuve compañona
que me dio ganas de vivir
a su costado.
Entonces le puse Violeta
por ser mujer de desterrado.
Y aunque su luz es de otro tiempo
y de otra hora,
todavía la veo radiante,
lozana, dispuesta a todo.
¡Hembra, hembrísima valiente
mi compañona aquella
del febrero aciago!

Correspondencias

Mientras el cuerpo se descompone,
se mantiene, pero se descompone,
el corazón, que es el centro donde la vida más falla,
el corazón, esa bombita hermosa, se descompone,
y mientras se descompone el corazón,
por instinto simple de supervivencia
se va tornando piedra y no se descompone.
De este modo, entre las muchas piedras que guardo
y que recogí con Rocío en la playa,
la más piedra de todas es la que se descompone,
la que llevo a todas partes mientras viva
y que tal vez me fue dada por mis padres
cuando tuvieron a bien quererse.
Y se descompone y no se descompone.

Carpe diem

Betarraga escancia té jazmín
y mientras escancia té jazmín
el frío empieza a irse
de su cara. Es invierno
sobre Lima y la sombra chinesca
se inclina y parpadea.

Así belleza gana.

En un día y otro día numerosas muchachas
harán lo mismo y será invierno
o verano será o noche cuando un aroma
de jazmín nazca de diversas manos
y distinta taza. Así será.

Pero este instante es irrepetible.

Recuérdalo y escríbelo:

nunca nadie vio a Betarraga
tan sabrosa tomando té jazmín
con tanta gracia.

El silbo de los aires amorosos

“Los textos de este libro —dice Marco Martos— han surgido de golpe y han impuesto su organización casi al margen de mi propia voluntad.” Y añade que en este caso, al igual que en el anterior libro (Carpe diem), “como en el antiguo romance castellano, sólo digo mi canción a quien conmigo va”.

El silbo propiamente dicho

Las cuatro estaciones

En silencio bien respiran
las casas de puertas azules,
la campiña aledaña y los viveros.
Alhelíes, eucaliptos y claveles
de aroma intenso saben que la helada
puede venir de una noche a otra
y emanan luz propia
en la claridad de la luna.
Pero esa rosa que abre sus pétalos
no tendrá tiempo de ser ella:
morirá pronto. Por eso en la madrugada
las muchachas que miran los sembríos
con ojos raros, sienten un nudo
en la garganta, una mezcla de alegría
y sueño en la claridad que las hiera.
Cuando llega la fiesta del sol
viene la nieve y ocupa todo reino.
Entonces vuelve el tiempo diferente,
la luz distinta vuelve, el aire quieto.
Está escrito con fuego
que a setiembre sucede setiembre
con nuevas hojas y noches claras.
Encima de los hombres, y mujeres,
las plantas y los ríos,
el tiempo se desliza lento.
Hay muchos cadáveres bajo el agua,
pero hay también voces cantarinas,

y claveles de aroma intenso.
Azul el cielo. Empieza enero.
El sol es rey. El sol es rey.

Descripción de María

À la très chère, à la très belle
qui remplit mon cœur de clarté

BAUDELAIRE

Es audaz
Su belleza es audaz
y no corresponde
a nuestros días.
Por eso confunde a los imbéciles
que le niegan el título de hermosa
pues no conocen así
a ninguna otra mujer.
Su voz es ronca
como la de una cantante antigua
de un disco antiguo
escuchado por primera vez.
No usa maquillaje.
Usa ojeras.
Su piel es de trigo.
Los ojos gatos de lujo
brillan como brasas
en la oscuridad.
A su lado me transformo y noto
que otras gentes se transforman
a su pesar.
A su pesar tiembla
el hombre
delante de la mujer.

Caballo y dama

Tiene los ojos fijos
y va moviendo los belfos
como si hablara solo.
Son duras las patas
y en el largo pescuezo
con el poco viento
van y vienen las crines.
La cola de caballo,
larga como los cabellos
de una muchacha
saliendo del río.
Alazán que nunca cojea
y de lejos se ve,
hecho para las carreras.
Limpio luce cuando lo cuidan,
elásticos los músculos,
las pezuñas hirientes
y una cierta furia ganadora.
¡Qué bien corre
indiferente
a lo que gritan
en las tribunas!
No le importan
las fotos del triunfo,
los aplausos del día,
las guirnaldas en corona.

Sólo espera de su dueña,
cualquier cosa, un gesto,
un terrón de azúcar.

Cuore acceso

Embrido el corazón
porque así conviene.
Lo arrugo, lo estrujo,
y el papel te dice:
estoy latiendo,
a ti te elijo,
tengo la fuerza
que de tus ojos viene.
El corazón es así:
papel secreto, después
secreto a voces
que tú lees.
Corre corazón,
corre corazón.
Nada nos detiene.

La noche oscura

Yuyo

Ulula el viento sobre el mar gangoso
y las olas color tierra traen peces muertos
a la playa; vuela, lamento, sobre los bichos
sin escamas, anguilas, cangrejos, peces globo
horribles en su quietud y tollos pequeños
de rictus blanco. El agua desparrama
yuyos verde y oro, granates en el sol
de la mañana. Aquí estuviste
en el mediodía radiante, gozosa
callejeando tus ojos en el agua
de cristal de mar azul y peces vivos.
He leído que los antiguos poetas
escuchaban el silencio de los pájaros
cuando el amor moría y he sabido
también que ese era un ardid,
angustiosa mentira del azogue corazón
deambulando en la penumbra.
Así era en otro tiempo, así en uno
y en otro caso, los poetas se engañaban.
Hoy ulula la lúgubre gaviota y el viento
rancio de marzo que silba y trae
tu nombre al muelle, súbito
me sumerge en la sima más sombría
de la tierra. Tú miras el mar
profundamente desde tu torre abrioleña,
serena repasas y haces el conteo de los muertos.

Mi corazón, ¿miras mi corazón?
Tú sola conoces su verdad tristísima
de pez varado en la playa.

Tenso cordel

Vuelvo otra vez la mar y contemplo
las piedras desgastadas por el agua,
el hombre pasmado por el tiempo
de tenso cordel y mano lenta.
Entonces miro a lo lejos: un niño
contando las luces de Colán desde Paita;
como entonces, ni un barco,
(pero era noche en la infancia)
ni un pájaro, ni un bote,
ni un pez saltando por el aire.
¿Qué hago aquí? me pregunto
y quiero subir la rampa,
¿qué haría arriba? reitero,
abajo o arriba es el centro,
el centro está en la periferia
y en periferia y centro,
la flor de la tribulación
prendida como única luz,
maligna ausencia en la mañana.
¡Qué intacto y animal el hombre
ajeno a cualquier dolor,
intocado por los días,
memorioso en pequeñeces sin memoria,
hermoso ciego de tenso cordel y mano lenta,
qué intacto!

Un mi amigo

El amigo está ahí quieto
con su oreja de plumas
dispuesto a escuchar
el murmullo inacabable del mar
o el gañido lentísimo
que tañe la campana nocturna.
Puedo dejarlo y volver cuando quiera.
A ratos me parece un poste de luz
que cruza lo oscuro,
árbol de sombra
en la arena amarilla,
animal misterioso
que guarda la casa,
pelambre de selva
de ojos sonrientes y espejos.
Puedo dejarlo y volver cuando quiera.
Voy detrás de la mujer
que anuda mis sueños.
Me bamboleo y trastabillo
y como un mi amigo
está ahí quieto, regreso
furtivamente a afilar mis uñas.

Marina

Cuidadosa en su habitación la muchacha
levanta el caracol en la mano, oye las olas,
cierra o abre los ojos. El mar parpadea,
el rumor del mar sobre la arena leve
bate los cantos rodados y su lento trabajo
orilla mi boca con sal perenne.
El mar, mirar el mar que huelo.
Con las esquiras de mis manos
cuarteadas me hurgo las cuencas
colmadas de sal y luego aderezo
la música de tu piel, la música sólo,
mientras la espuma veloz de febrero,
blanquísima dibuja el caracol
indescifrable de la muerte.

Carta

No sé si será
lluvia o sal,
barro o mar
transparente
lo que brota
conmigo
ahora que rodeada
de teléfonos
y de cancerberos locos
que lamen tu mano
agonizas
en el este de la ciudad
absolutamente sola.
Termino la función
y sigo mi camino
largo y sin retrocesos.
Me niego a quedarme
celebrando
una y otra vez
el ritual de la muerte;
busco los objetos
difuminados por tus ojos
en las tardes del inicio,
letras, sílabas hermosas,
páginas que vi brillar
en la niebla de enero,
y largos caballos de avena

aguardándome,
crines volando,
en la hora del viento.
Adiós señorita,
mi más secreto sueño.
Los tiempos que anduvimos
juntos fueron mejores,
se los agradezco,
pero no espere usted
muchos versos,
¿quién le va a escribir versos?
El juglar tiene que ver
y palpar a su musa
de carne y hueso.
Inclino la cabeza
por última vez
y me despido
para siempre.

M. M.

Pareja

Como hablando francés a quien entiende castellano,
o como balbuceando castellano a una oreja italiana,
o como gritando italiano en una plaza de Lisboa,
o como leyendo portugués en un congreso rumano,
así permanecemos nosotros, duros para lenguas
extrañas, juntos sin embargo durante un día,
un mes, un siglo de pesadilla o sueño.
Todo lo recuerdo, todo lo confundo,
todo lo olvido. Sequedad, ¿me perdonas?

Dardo

Nadie la había llamado
y vino a danzar
alrededor de mi fuego.
Traía sus propios increíbles olores,
sonrisas, teléfonos,
y esa malicia inocente
de felina joven.
Abandoné todo
y salí a cazar mariposas.
Fui prudente y estudioso,
elegante di manotazos
cuando debía
y así quedé atrapado.
Estuve con María
en las esquinas
más estrechas
de la tierra,
supe de cielo e infierno,
de vértigo constante
y del tambor final
de la derrota.
Ella danza
en la fronda distante.
Ahora sí le llega
mi palabra como un dardo
y la atraviesa.

Viejo poeta

Algunos leen
sus versos, poquísimas gentes—
abundancia sin embargo
que no esperó
en años mozos.
La veta biográfica mantiene
vigencia y los críticos
discuten nimiedades:
la mujer que aparece
en el poema XII
¿es muchacha
que conoció
el poeta?
de ser así,
¿cuál es su nombre?
¿o el poema es una entelequia,
un texto para nadie
y para todas?
Consultado el poeta,
cabalmente elusivo,
declara con voz cansina
que todo amor es apócrifo
y cualquier verso que lo celebre,
vano esfuerzo
que no conmueve
a los dioses.

Fin de la noche

Es un ramalazo de la muerte
ese ojo zarco que está ahí
quieto como si mirara.
Desde tan lejos sólo se escucha
una música rancia,
el destello de un cuchillo
herrumbrado que parpadea,
un plomo que se disuelve
mientras el sol sube rápido
cortando en tajos
la neblina de la mañana.

Cabellera de Berenice

Este libro reúne poemas escritos entre 1982 y 1994. Se publicó por primera vez en versión bilingüe castellano-francés en 1990 en Grenoble. La traducción la hicieron Roland Forgues y Modesta Suárez. Una segunda edición se publicó en Trujillo en 1994 y una tercera en Lima, en 1994. En cada circunstancia se añadieron algunos poemas.

Para Dafne, Nausícaa y Néstor

Cuaderno de buen amor

La separación de los amantes

Fue lo máximo sentirme tu familia
delicioso y delicado llegar a tu casa
con un poco de queso, una botella de vino
o simplemente alegría en el rostro,
y desplazarme en tu espacio, en tu cuerpo y en tu mente
con la soltura de un rey en su patria,
mientras los demás, gentiles y antiguos,
con sus camisas de cuadros
y sus modales ceremoniosos,
se acomodaban en la mesa
para dejarme, como correspondía,
el sitio más vecino a tu corazón.
Fue un cielo claro de primavera.
Ningún nubarrón.
Y, súbito, el rayo oscuro de la muerte.
Tú no sabes nada.
Yo no sé nada.
Nadie sabe nada.
¿Quiénes son estos amantes?
¿Quiénes fueron?
No los conozco,
porque si en el mundo sólo existe dolor,
como bien sentimos, es imposible
que en la vigilia haya habido
cosas tan intensas, hermosas y verdaderas.

El otro retrato
(Mantua 1500)

Desde la alta ventana podía verse
que de plata eran las aguas del lago
y amarilla la bruma bajo el cielo
de invierno.

Isabella del Este, dama primera
del mundo, luce sus encantos
para Leonardo. El rostro es carnososo,
las mejillas ovaladas, los ojos almendrados
abiertos de par en par con ese brillo
ansioso que saben las bellas.

Leonardo la veía
de nariz algo larga, mandíbula dominante,
—doble mentón después de unos años—,
los ojos saltones como de loca
y los labios gordezuelos;
pero también le observaba la frente comba
levemente inclinada hacia adelante
con un aire de meditación no buscado,
los cabellos negros, abundantes,
ocultando los hombros rollizos.

Y la pintó como era: discreta y sensual,
con la garganta llena donde se aprecia
la respiración y también como no era:
fría y malévola en el invierno de Mantua.
“Dejemos por vuestra cuenta la invención
y fecha para la entrega” dijo ella
procurando ganar la paz del ermitaño.

¿Quién era más pertinaz?

El salvaje que odia los viajes. Huir. Huir.

Mantua, pequeña ciudad; Roma fue fundada

por hombres; Venecia, como sabéis,

fue un capricho de los dioses. Altas cúpulas.

Era el año del señor de 1500.

La luz melancólica de marzo

se filtra entre la bruma del mar

y el hombre queda otra vez

solitario y solitario.

Flores para Lou Andreas Salomé
(Viena 1912)

Es miércoles en Viena.
Dos sillas vacías
atormentan al conferencista,
quien advierte las ausencias
de Lou Andreas Salomé,
bienamada contertulia,
y de Víctor Tausk, enfurruñado discípulo.
El disertante conoce
los meandros de la vida,
se ha visto a sí mismo
mejor que en un espejo
a través de un severo
autoanálisis,
sabe que los sentimientos
son oscuros y complejos
y que ningún tiempo
es suficiente para conocerlos
y estudiarlos. Y aunque
la ciencia que practica
le ha permitido colocarse
por encima de los pequeños asuntos,
queda confundido
con los celos que lo invaden,
los más espantosos
que puedan imaginarse.
Odia al impostor
y a Lou Andreas Salomé,

cuyas historias de amor bien conoce,
la quiere borrar de la memoria.
Otra es su secreta voluntad.
El día jueves el doctor Sigmund Freud
le envía flores rojas
a Lou Andreas Salomé
y un claro mensaje de amor.
(De deseo sexual según sus teorías).
Está desesperado. Y lo advierte
mientras se acicala la barba.

Amor de grajos
(Müritz 1923)

Es dorada y pareciera siempre quieta
la arena del mar donde la suave planta
de los niños hebreos berlineses dibuja su huella.
Lo último y más hermoso del sol
baña la espaciosa estancia
donde la muchacha
de ojos escondidos por los largos cabellos
se ocupa de escamar pescados
y de otros menesteres así
en la oscuridad que comienza.
“Manos tan suaves
y trabajo tan sangriento” dice
Franz Kafka oscilando las palabras.
Llamea en la penumbra el rostro
de Dora Dymant, Dora Dymant
mueve la cabeza de grajo,
la gran cola, y hace una venia
al compañero de su vida.
¡Luz, luz verdadera antes de la noche!

Cabellera de Berenice

Todo el tiempo me pareces un sueño
que camina, sale de sus mares naturales
y entra en la vida causando asombro.
En tu sonrisa percibo el encanto que ejerces
y el desencanto tuyo, por ahí,
en una veta profunda;
Tú, tan concreta, tan evanescente,
(esas contradicciones)
es en el dolor donde mejor
te muestras. Te he visto sufrir,
Berenice, ¡y de qué manera!,
pero has estado serena en esa oscuridad,
y es que tienes luz propia
y para ti no hay negro pozo.
He aquí mi utopía y mi trabajo:
llegar a tu centro.
Tengo el convencimiento de ser
quien más te conoce, pero ésta
es mi sabiduría verdadera:
permanezco en los umbrales
donde me encegueces, mas conservo
los otros sentidos muy atentos
a lo que acontece con tu figura,
gusto, tacto, oído, aguzados;
¡cómo hueles, Berenice,
tu olor jamás lo equivoco!,
ni tu voz suavísima,

ni la piel que te contiene
y es tu límite.

Este es mi gusto:
permanecer a tu lado,
definirme como un hombre
de tu bandería,
por eso llevo tu aura,
te tomo de la mano,
me añudo contigo,
viajo en tu cabellera
por los espacios siderales.

Mujer del Perú

Tu fragancia.

Tu fragancia
que se mezcla
con la luz
que nace
en la niebla,
en el mar
del Perú.

Tu fragancia
y esa manera tuya
de quedarte quieta
en el lado derecho
de la cama,
junto a la taza
de café.

Vienen hacia mí
tu fragancia
tus silencios
y tu sonrisa
más hermosa
que el amanecer.

Mano soñada

Así como el sol del mediodía
tiene en su centro
a la aurora de finos dedos
y las manos del mar
lo refrescan y lo alientan
en su difícil trabajo
de oro sobre el agua
antes de que arribe
la noche más espesa,
de la misma manera
guardo tu mano soñada
que aumenta mi fuego primigenio,
te entrego todo lo vivido,
mi pequeña sabiduría,
mis secretos,
para que dures y florezcas,
acerco mis labios a tu piel
y beso lo más femenino
de la tierra.

Cuaderno de amor al Perú

Playa Grande

Como los trompos enigmáticos encontrados
 en los arenales,
o como los peces entrelazados
que aparecen en los ceramios de Playa Grande
o como los caracoles que segregan un líquido
que llaman púrpura,
desde antiguo usado por los peruanos
para teñir sus telas—
como los peces entrelazados
que lleva al pescador entre las redes,
como los caracoles que recogen
los niños en Playa Grande
o en los basurales—
en las grandes fábricas de conservas,
en las enormes chancherías de los basurales—
ahí está el común de la gente,
peruanos hacinados de estos días
trabajando de sol a sol,
como los caracoles que tiñen púrpura,
como los peces entrelazados
de los ceramios de Playa Grande,
en el centro de la costa del Perú, en Ancón,
a 42 kilómetros al norte de Lima—
peces entrelazados
 y peces solitarios,

caracoles que tienen púrpura

o restos de caracol.

Trompos, enigmáticos trompos, quietud y danza,
lo único vivo en el basural.

San Miguel de Piura

Encendí el corazón sobre los médanos,
en los soledosos algarrobos que continúan
la ciudad más allá de la postrera bandera blanca,
bordeando el camino de Los Ejidos, regado
por la bosta de las cabras. El cielo era azul
con sus nubes pintadas y había un viejo caballo
y un burro blanco entre los grises.

He olvidado a qué íbamos a Los Ejidos
pero puedo adivinarlo mientras aspiro todavía
el aire luminoso de la infancia.

Los Ejidos: el olor de las cabras, la leche
de cabra, el queso de cabra que jamás
he encontrado después en la tierra.

A la hora del regreso el sol reverberaba
sobre los médanos y en llegando al recodo
del camino que divisa a la cruz del Norte,
bajo la sombra benéfica de los sauces,
los pequeños pudimos sumergirnos
en el río suavísimo y verdoso.

Han pasado años de años; ¡me he mezclado
en tantas cosas!, y ahora que el sol
reverbera sobre el asfalto, no extraño
a esa patria, distante y diminuta.
O tal vez la extraño y por eso escribo.

Luna de Paita

Cuando clarea el cielo y se apaga la luna,
el plomo del mar traspasa las farolas del malecón,
atraviesa la delgada bruma del día que principia,
cruza los vidrios del ventanal y anida
en los ojos insomnes del niño en el alféizar.
Los trajes descoloridos, colgados
en la percha, semejan guerreros silenciosos
aguardando en la penumbra. Una voz enfurruñada
dice algo y al rato otra vez la sombra inquieta,
trepada en el alféizar, atisba a los viandantes
que hacen la jornada: pescadores descalzos,
soñolientos transeúntes que caminan
hacia el muelle donde embarcan las reses
y el sol que nace detrás de los cerros
y tiñe las aguas de oro y de rosa.
Inacabable es el día hasta que aparezca la luna
para ambular desde Pueblo Nuevo hasta La Punta
recogiendo brillantes caracoles,
estrellas de mar hieráticas por siempre,
historias de aparecidos, de Francis Drake
y de mujeres. Y mientras el mar se torna
verde y azul, pareciera que este tiempo
suspendido está libre de la muerte.

Lengash, agua de música y palabras

(A Mayela Falvy y Ricardo Zariquiey)

En el tiempo caliginoso
de aguaceros en las alturas
abajo los niños
íbamos
al cauce vacío
y ayudábamos al agua
que llegaba en hilitos
y se iba secando
mientras avanzaba.
Luego crecía
el río Piura,
un Dios pardo
trepado en el castillo
más alto del puente,
y nadie podía creerlo,
viéndolo tan encrespado y terroso,
que recién había llegado
cumpliendo el rito anual
del estío y sus nubarrones.
Venía
cuando quería,
cuando se había terminado
el tiempo exacto
concedido por los augures,
a veces inundaba la ciudad
y la rodeaba como un anillo acuático,
entraba en la Plaza de Armas

y la gente
entraba y salía de cada casa,
llorando, en bote.
Después de muchos días
se retiraba cansado
y entonces nacía pasto
en los arenales candentes.
Pasaba el tiempo,
la gente hablaba, hablaba,
volvíamos los niños
a las excursiones
por el cauce seco,
o jugábamos pelota,
o qué diablos.
Antes y todavía
llega el río,
el rey del valle.
Refulgen los instrumentos
musicales de la banda
del cuartel número 31,
radiante la luz del sol
sobre el amarillo del bronce.
Llega la noche
y la música
se mezcla con las aguas
y las luces de colores
de los fuegos artificiales,
y la terraza del Río Bar
repleta de gente
con luz de verde neón sobre la cara,
y miles de personas
en el malecón, con su habla cantarina,
y el río que avanza,
recuperando lo suyo,
entrando en la memoria, eterno,

pardo y verde en sus meandros,
parda y verde
agua de música y palabras
para siempre.

Matacaballo

(Para Thomas Pilgrim M.)

El mar es verde
y el palo de la balsa
amarillo en el agua,
blanco en el sol.
Las muchachas
que recogen el pescado
o las que vienen de Piura
tienen genes vicús,
míralo en esa piel bruna,
ni trigueña ni negra
dorada por el sol.
El muelle desvencijado
tiene veinte años
y más viejo parece,
nacido con el mar.
Aquí vine con mi padre
siendo adulto ya,
comimos aquí guitarra,
hablamos de El Chilcal,
del pequeño ídolo negro
de Narihualá,
del cementerio de Chusís.
Aquí vengo ahora
con mi hija
y le enseño lo que sé:
las ballenas de la Antártida
llegan a Paita,

a las frías y azules
aguas de la infancia,
a Matacaballo jamás,
las rayas salen a la orilla
con la marea baja,
picadura de raya,
duele, duele,
en las arenas de Piura
algarrobo o tamarindo,
zapote siempre habrá.
Aquí vengo
con mi hija
y mañana
ella con su hijo tal vez.
Matacaballo. El sol.

Aire de Sechura

(En homenaje a Sabino Springett)

Como nacida
de pinceles
emerge Sechura
entre las dunas.
Las cabras olisquean
rastros en la arena
y vienen con paso cansino
al centro de la plaza.
Sabino Rumiche,
Jacoba Timaná,
Raimundo Yarlequé,
Crisanta Querevalú,
lentamente caminan
los sechuras, de negro
y blanco en el día
de la fiesta. El fuego
arriba emana
de lo bajo, amarillo
de la amarilla arena,
aire quiero
en mi costado, aire
denso de la duna,
o soplo de sal viajera,
de la mejor orilla,
de lo lejos, del mar
y la iglesia
de Sechura.

Fotografía

Es Sullana.

Carlos Vallejo con su caballo blanco
caracoleando por el aire.

Debajo de ese sol despiadado

lo único humano

es el griterío

en las tribunas

y el jinete

hecho una sola sombra con su potro,

una divinidad

con su aéreo caballo ganando el aplauso
de los hombres.

Así fue, o así me parece que fue
en una tarde de agosto.

Ese instante es cada vez más poderoso.

Y tanto no puedo equivocarme:

Carlos Vallejo

con su caballo blanco por el aire.

Nada de lo que te cuenten sobre caballos
será tan hermoso.

Manuel U.

Hacia 1950/55 el hombre de Huancabamba
canturreaba una tonada del sur:

el día que me muera junto al fogón
me has de enterrar y mientras preparas
tu merienda, por mí has de llorar,
y si alguien te pregunta ¿por qué lloras?
dile, la leña está verde y el humo me hace llorar.

Y era de crearle la tonada

porque en ella se le iba el corazón
aunque doña Victoria había muerto
40 años antes y los hijos andaban dispersos
por el mundo, como se dice en la conversación.

Una antigua fotografía nos deja verlo
con poncho blanco y sombrero alón
y en otra más reciente del 50/55

está de traje y corbata, con esos anteojitos
de ciego que se ponía para viajar.

Dicen que las mujeres cuidan a los feroces enfermos
que vuelven de los países cálidos del sur,
¿pero dónde iba a volver Manuel U., buenísimo como un pan,
viudo y reviuado que iba pasando toda su vida
a pleno sol?

Según los manuales, el repliegue de la conjuntiva
a la chitacallando ataca a las gentes
que viven cerca del Ecuador.

Al comienzo la molestia es mínima,
apenas una afección benigna

que a ratos hace cerrar los ojos
como cuando la leña está verde
y el humo nos hace llorar.

Retablo

En un tiempo viví en Ayacucho,
rincón de muertos que lo llaman.

Salí de allí, por azar, en 1970,
diez años antes del comienzo
de la hecatombe.

Vi la miseria con mis propios ojos
en el Parque Sucre, San Juan Bautista,
Acuchimay, en el mercado,
y penetrando por las rendijas
a las mismas casas de los ricos,
mendigando. Algunos
de mis conocidos de esos años
están muertos o en prisión
o andan por el mundo
como kamikazes locos
matando y dejándose matar
por los soldados.

No hablo de los jefes. De ellos no hablo.
Conocí un niño que murió
en la isla El Frontón en 1986, siendo hombre,
con trescientos de los suyos, asesinado.

Tuve un amigo periodista
que fue a Ayacucho en 1983
en misión de servicio y junto
con siete compañeros,
en Uchuraccay, murió asesinado.

Pero los hombres de la costa cuando mueren

tienen un nombre, una lápida,
recuerdos, flores; los campesinos
cuando mueren son números asesinados.
Pienso también en los soldados
que los llevan desde tan lejos
(Saposoa, Iquitos, Tumbes)
hasta Ayacucho a morir baleando.
No me hables de la música de Huamanga,
ni de la tersa piel de sus mujeres,
ni del cielo lapislázuli.
Ayacucho es la sombra de la muerte,
una escalera interminable de cadáveres,
la muerte misma trepando hasta mi corazón
que vive todo el tiempo agonizando.

En lo más difícil

La mujer que me alucina
está en el otro lado del mundo.

Si acaso tengo voz,
si acaso me sostengo,
es porque ella existe
en medio de la neblina,
en el otro lado del mundo,
y si mi mano algo escribe
y cruza los cielos plomos
en forma de caricia
y de frío y de calor
que la envuelven dulcemente,
es porque ella vive y habla,
me sostiene, me da fuerzas,
cruza los cielos grises
y me toca con sus ojos
en la noche soledosa,
así tan lejos.

La mujer que me alucina,
me ama, me dice.

Pero estoy solo,
terriblemente solo,
muerdo mis días.

Soy sólo sombra
de un fantasma melancólico
que cuida a una mujer
allá en el Perú,
en lo más difícil.

Grenoble, 20 de mayo de 1988

Coquelicots

Como un campo de amapolas
ardiendo en el fulgor del alba

o

como la oropéndola
que cruza el río Putumayo
con su enigma de colores
difuminando las fronteras
en ese fondo verde
de un lujoso arco iris

o

como el ave fénix
que emerge de cenizas y palabras
y enciende un fuego hermoso
en la más oscura noche

o

como la luz del sol
que ilumina el Atlántico
y las islas misteriosas
que no están en los mapas;
y los países de la nieve
reverberando en sus montañas,

así

con el ardor profundo
del agua cristalina
de los riachuelos deliciosos
de las grutas de Sassenage,
abro dulcemente tu blusa,

te beso en todo el cuerpo,
te acaricio demoradamente,
me hago uno contigo
y nos quedamos ardiendo
en el sueño verdadero
del fulgor del alba.

Homenaje a Carlos Oquendo de Amat

Tus palabras recién lavadas
en la lluvia de la mañana
tienen la carita limpia
de la muchacha que te gusta.

Y la color.

Son blancas y perfectas mariposas
en la mañana de primavera
y cielo azul.

Acaso a otro le parezcan
blancas y perfectas mariposas
saliendo de los labios de Dios.

El Perú

No es este tu país
porque conozcas sus linderos,
ni por el idioma común,
ni por los nombres de los muertos.
Es este tu país,
porque si tuvieras que hacerlo,
lo elegirías de nuevo
para construir aquí
todos tus sueños.

Diwan andalusi

Oración por al-Manzur billâh

Ha muerto al-Manzur billâh.
Las noticias que llegan de al-Andalus
dicen que de manera natural
en este año del señor 1002.
No podemos olvidarlo:
era nuestro enemigo sañudo,
señor de la guerra,
príncipe de la paz.
Sólo la espada desnuda era su verdad.
Cuando saqueó la ciudad de Santiago
entramos a Córdoba encadenados
arrastrando las campanas
de nuestra catedral.
Hemos vivido sin embargo
para regocijarnos con la guadaña
muy poderosa
sobre el hijo de Alá.
Mas hay dolor en mi casa
por la muerte de Almanzor.
Esa monja que lo llora
en un convento de León,
es mi hermana, su última mujer.
Para ella fue su único varón;
por eso llora y balbucea un ruego
al Dios de los cristianos
por el alma de su marido
al-Manzur billâh,

quien fue bondadoso con ella,
respetó la tumba del apóstol Santiago
y de algún modo continúa siendo
el victorioso por la gracia de Dios. Amén.

Bagdad en el corazón (Medita Ibn Zayib)

Cuando mi canto jarifo se escucha
en al-Andalus, los muladíes me dicen
el rui señor de Bagdad. Entonces
el desasosiego colma mi corazón,
una noche súbita y lúgubre
me transporta al arrabal de mi ciudad
y cuando torno a estos andurriales
no sé en verdad de dónde soy,
de Córdoba o de Bagdad.
Traje el laberinto ajedrezado,
la saludable costumbre del orden
en los banquetes y en las meriendas
que pronto llegará a todos los confines
del mundo: ensaladas primero,
las carnes después, y al final, los dulces;
traje algunas muchachas
de finísima voz, penetrantes perfumes,
tejidos de seda, *alcohol* en los párpados,
las pestañas, las cejas, el cabello,
bellezas que provocan admiración;
alterné con unos pocos muladíes
en los pasadizos secretos que conducen
a las estancias de Abderramán II;
en las ceremonias de oro y plata
introduje el cristal, transparente
como el día, azul como la noche,

como ese desasosiego que colma el corazón
del ruiseñor. Traje todo a Córdoba.
Dejé Bagdad.

Damas de Córdoba
(Medita Ibn Zayib)

Tengo todavía el perfume de Bagdad
en el corazón,
veo las aguas del Tigris,
pardas en las noches de estío,
verdes las palmeras,
ondulando ayer y hoy,
y la imagen de mi muchacha sonriendo
mientras dondono la cítara.
Ahora estoy inclinado
sobre los trebejos
y en el laberinto ajedrezado
muevo caballos (y caballeros) andalusíes,
blancos y negros, peones, alfiles,
(obispos que los llaman en el norte),
roques, damas o reyes.
Hasta reyes movilizo.
Es un juego. No me olvido.
Ganaré o perderé,
pero qué hermosas las damas
en el gran tablero de Córdoba,
como el perfume de Bagdad
en mi corazón.

Malos agujeros se ciernen sobre Ibn Zayib

(A Óscar Quiñones Carrillo)

Córdoba.

Califato de Córdoba.

Sala de los espejos
del califato de Córdoba.

Sala de los espejos
del califato de Córdoba,

junto a la puerta

que se orienta

hacia Jaén.

En la sala de los espejos

del califato de Córdoba,

junto a la puerta que se orienta hacia Jaén,

Ibn Zayib,

músico y poeta,

juega al ajedrez

con un amigo andalusí,

medita largamente

su jugada,

toma una torre

entre los dedos diestros

y sueña con Bagdad,

con el centro redondo

de Bagdad,

con la mezquita,

con el zoco multiforme

que se extiende allende

las murallas,

con una palmera,
esa única palmera
a cuya sombra
recitó
un poema de amor.
La torre en el aire.
La victoria cercana.
Súbito
se quiebran
los cristales
en la sala de los espejos
del califato de Córdoba,
junto a la puerta
que se orienta hacia Jaén.
No hay jaque mate,
un mal agüero
persa
se cierne
sobre Ibn Zayib.
Ahora le tiembla la mano
y equivoca la jugada.
¿Perderá la partida
Ibn Zayib?
¿Será desgraciada
su estancia
en el califato de Córdoba?
¿Morirá
en esta tierra
sin conseguir
el honor y la gloria?
¿O acaso caerá Córdoba
en manos de los infieles
que arrasarán
la sala de los espejos
y su puerta

que se orienta
hacia Jaén?
¿Qué pasará?
¿Cómo se moverán
las fichas
en la inmensa
e interminable
partida de ajedrez?

Cárcel de amor

(Ibn Zaydún escribe a la princesa Wallada)

Te he atisbado Wallada en el zoco, en las torres,
tratando de explicarme tu encanto y tu gracia.
Te he visto haciendo cosas sencillas
en ventura y provecho de tu gente y tu casa:
menjunjes, pero dulzuras,
hechizos favorables,
para el bien, no para el daño,
aunque con tu peine y tu risa
me has hecho
un embrujo de amor que me tiene
desquiciado atisbándote en el zoco, en las torres,
tratando de explicarme tu encanto y tu gracia
o escribiéndote líneas que acaso te sirvan
para curarme la herida de amor
que me causas.

Zonas de Wallada

(Ibn Zaydún expresa su amor
por la princesa Wallada)

Hay una zona de ti
donde nace una luz
hermosa que se esparce por el mundo,
desplaza su voluntad,
libremente como todo lo que haces,
luego se aposenta,
ausculta y escudriña
días y noches desprovistos de calma,
traspasa mi corazón y lo deja sin mácula
inerte ante tus ojos.
Tienes otra zona de sombra nítida
de la que nada sé pero entreveo
en sus ráfagas; luz y sombra
se mezclan imprevistas,
chorro de sombra y luz que me anonada.
Raro querer este tan transparente
que queda fundado cuando me miras.
Hay zonas en ti. Hay dos por lo menos.
Recién algo te entiendo
y acabaré cuando fine la vida.

Misiva a Ibn Zaydún
(Escribe la princesa Wallada)

El amor que me profesas
es de buena laya pues porfía
con el destino y merece
el nombre de sagrado.
Lo posible y lo imposible
son los colores
que un amor así
junta en un ramo
y cuando queda escrito
es el arco iris
en el cielo inmenso y claro.
Mira, Ibn Zaydún,
el cielo de nubes bajas,
esa lluvia furiosa
sobre la vega y las sierras
distantes,
mira el azul nítido
ahora
y los siete colores
perfectamente enlazados.
Así tus versos, Ibn Zaydún,
son alegría
para mi corazón
solitario.

Muchacha de Granada

Sueñas con la plaza de los Aljibes
de la Alhambra,
con el Patio de la Alberca,
y con el Patio de los Leones
donde surtidores de agua cristalina
alegran los ojos de Boabdil.
Como una ligera columna de mármol viviente,
como el agua que borbotea
por tuberías y canales secretos,
como mujer de la corte de Boabdil,
tienes apetencia
por el goce indolente,
por la alegría del color
de la vega de Granada,
como un sueño
que detiene el tiempo,
como la palabra
que dice Boabdil.
(Boabdil marchará a Marruecos.
No lo sabe.
Morirá en prisión.
No lo sabe.
Será el último rey moro de Granada.
Algo sabe.)

Zéjel

(Escribe El Ciego de Cabra)

La muchacha se baña
se baña y se baña.

De albo y rojo color
ya emana el olor
finísimo del amor.
Se baña y se baña.

De agua que corre mucha
fuera bien se escucha
el sonido y la lucha.
Se baña y se baña.

¿Qué hago aquí fuera
cuando sólo quisiera
palparle la cadera?
Se baña y se baña.

Escucho el tintineo
del agua que no veo.
Vivo sólo el deseo.
Se baña y se baña.

Relumbran con rumor
dos ganas de amor,
una dama y un señor
se bañan y se bañan.

Medina al-Zahra

(A Enrique Carrión Ordóñez)

Luz andaluza
sobre Medina al-Zahra.
Naranjos, olivos,
estanques, baños
y salones dorados;
mujeres, sobre todo mujeres,
fragancia de mujeres,
tapices, sedas, en el palacio de
Abd al-Rahman,
el tercero
en los goces,
el tercero
en la algarabía final.
Lejos del tiempo
de al-Andalus,
lejos de la sierra
de Córdoba,
lejos del muezzín
que invoca a Alá,
clemente y misericordioso,
eleva su plegaria
al Dios de los cristianos,
Felipe II
en San Lorenzo del Escorial.
¿Qué habrá hecho
el rey de España
con su sensualidad?

Última hora de Abderramán III
(Córdoba, año 961)

Muere el sol en la mezquita de Córdoba
y nace la noche en mi corazón. Y nunca más.
Mañana el astro volverá a su rito
y no habrá corazón en la oscuridad definitiva.
Astrolabios, relojes de arena, arrugas de mi rostro,
calendarios del Nilo, memoria de los creyentes,
soldados de mi espada, todos saben
y comentan cómo han goteado
cincuenta años de emirato y califato.
Tesoros, honores, placeres,
todo lo he tenido, todo
lo he desperdigado.
Mis rivales, los más grandes,
me estiman, me temen, me envidian,
besan protocolariamente el suelo sagrado
y suben arrastrándose hasta mi trono.
Todo aquello que los hombres desean
me ha sido donado por el cielo.
La noche viene. Ya cantan los pájaros.
En este tiempo largo de aparente
contentamiento he guerreado en Toledo,
en Mérida, en Zaragoza, he vencido
en todas las batallas, todas
las perfidias del reino las he dominado.
Las más hermosas mujeres de al-Andalus
me han sonreído en mi lecho, cada alborada.
La noche viene. Ya callan los pájaros.

Antes de irme quiero contar
los días en que fui feliz. Mi memoria
escudriña el pasado: sólo son catorce.
Creyentes, mortales, aprecien conmigo
la grandeza del mundo y de la vida.
La noche llega. Me llamaba Abderramán III.
Esta es mi última palabra.

Diwan de Oriente

Hafitz compara el amor con la Vía Láctea

Quédate con tu bombasí de encajes,
para iniciar el rito del amor, la locura, el nacimiento y la muerte,
quédate con tu bombasí de encajes.
Déjame palparte los ojos
en esa transparencia que muestra
y esconde la tersura de tu piel
en esta noche de estrellas encendidas tan distantes.
Bajo el incierto resplandor lunar
guía mi mano al nudo de tu cintura
y desata conmigo nuestras respectivas tranquilidades,
y quédate, ahora sí, desnuda para que te vea
antes de extraviarme en el laberinto eterno
donde seré Nadie y todos los hombres.
Escucha el respirar animal que me habita,
siente mi galope en tu corazón,
el latir del mar, la marejada,
el camino luminoso de las estrellas,
la Vía Láctea en el oscuro oleaje
de millones de años.

Recado de Li Po, refugiado en las montañas

A Ma Ti, dama de la ciudad de Kouang Tcheou

Es lo más alto de la montaña.
Hay nubes debajo, un río serpenteante
y diferentes tonos de verde entre las matas.
Estoy sentado en una roca meditando
con una copa de vino que bebo lentamente
y te imagino bajando las escalinatas
del parque de Kouang Tcheou
con tu sonrisa repartiendo sombra
en ese mediodía espléndido.
Que vislumbres a tu madre cuchichean
algunos demorados caminantes
que van cruzando la plaza
y que sólo te semejas a ti misma
dicen otros entendidos
anonadados por el chorro de luz
de tu figura.
Miro el río abajo, tan pequeño
y con tanta fuerza, y te sueño,
apacible en una roca, dibujando frente
al mar Meridional que parece
interminable en la lejanía.
Supongo entonces que me extrañas
y que en el ábaco de colores cuentas
los días que demoraré
en bajar de las alturas.
Te imagino ya desnuda
en mis brazos, con placer

que no se esconde,
sabia en el amor,
en el hablar y en los silencios sabia,
en todas las estaciones.
Cierro los ojos y te envió mis pensamientos
en una mariposa.

Botón de rosa

Qué aroma,
día y noche,
qué aroma,
sutil perfume
de botón de rosa
apenas entreabierto
que te confiere belleza,
inigualable perfección.
Dime qué luz propia
de ti solamente
te hace tan radiante
y transparente,
tan delicadamente hermosa
en la mañana de abril.
Botón de rosa
cómo me embriagas
con tu aroma,
palabra que dicen tus ojos,
botón de rosa, olor de rosa,
rosa que vienes a mí.

(A la manera de Yasunari Kawabata)

Ya no humano

Como Osamu Dazai, como Osamu,
la sombra permanece
con su decisión a solas,
danzando y danzando
en lo alto de la torre,
guerreando con el encono
de los más sesgados vientos,
como Osamu Dazai, como Osamu,
cuidándose de los conflictos inútiles,
de la diatriba y los dicterios,
admirando todavía la belleza
de la palabra exacta
o la sonrisa de mujer,
como Osamu Dazai, como Osamu,
dañada para el disfrute, harta
de la mediocridad, de los imbéciles,
fascinada por el vacío, como Osamu,
escribir o amar, uf, qué hundimiento,
mejor danzar en lo alto de la torre,
como Osamu Dazai, como nadie.

Orillas del Isère

Conversación con Roland Forgues

Como pintados por Cézanne
los amigos permanecen circunspectos
alrededor de la mesa
con sus vasos de vino tinto
o sus copas de aguardiente
o su queso Roquefort.
Evocan el pasado o avizoran
el oscuro porvenir.
Ríen los amigos,
hablan de mujeres,
callan y hablan sin parar.
Nunca se cansan,
hablan y beben
y siempre imágenes
de mujeres que quisieran tocar
o que han besado,
o que nunca verán.
Las muchachas
como mariposas blancas
cruzan los jardines
y detrás de los árboles
se hunden en la noche
y nunca sabes
si su magia volverá.

Ese batir de alas,
la mujer que quieres,
pasa delante de tu puerta
sólo una vez.

Alquimia y horóscopo de Guy Abel

Tiene la barba
cultivada con esmero,
negra y con el brillo de otro tiempo,
los ojos vivos
que se apagan o se encienden
detrás de los espejuelos,
anteojos o gafas,
según con quien converse
en su impecable español
o castellano,
aprendido como los sabios
cuando saben estudiar sus materias,
con tozudez y encanto
que le viene durando
toda la vida.

Sus manos finas
son engañosas:
hay quien dice
que no conocen
la rudeza de los campos,
pero manejan
cuchillos en lo escondido,
cortan, preparan, cocinan conejos
y aprietan a las muchachas
que se encandilan
con el rock lento
en las discotecas de Grenoble.

Ha caminado por medio
mundo de sus sueños,
ha conocido
mujeres de la movida
de Madrid, las orondas
de Barcelona, y ha pasado
noches enteras en el mar
Caribe con una o dos
mulatas de La Habana
y siempre volverá
a ese sol ardiente
que le entibia la barba
y le arranca sonrisas
cuando lo rememora
en el invierno de Grenoble.
Sus líneas de la mano
indican que volará como las aves,
distintos vientos conocerán
su piel, distintas damas,
pero su corazón no se mueve
de las aguas donde nacen los delfines,
de la Plaza Víctor Hugo,
de las calles que bien se sabe.
Ahora y mañana
una muchacha de Grenoble
lo mira y mirará,
tensa y misteriosa, aguardando.
Él se demorará en su elección,
pero lo hará al fin y al cabo.
¿Será una mujer-niña?
¿una tigresa de película?
¿una madona rencentista?
Nadie lo sabe.
Guy Abel se ríe
y se acaricia la barba.

Soliloquio

Es tarde,
casi noche.
La muerte
espera
pero
me permite
un instante
de tranquilidad.
En un recodo
del camino
de luz
y sombra
miro adelante,
miro atrás.
Ninguno
de
los que caminaron
conmigo
ahora está.
¿Se esfumaron
en la niebla?
¿Se fueron
a la luna?
¿Se metieron
dentro de sí?
No lo sé.
Sólo comprendo

que no puedo
tocar a su puerta
y que tampoco
vienen
a mi casa,
nunca
jamás.
Estoy solo,
solísimo.
Mi amigo
es Edmond Raillard.
Y sin embargo
nunca escribiré
un libro con él,
no haremos planes
de viajar juntos
a Clermont-Ferrand.
No estaremos
en conferencias
ni recitales
ni fiestas,
ni hablaremos
sobre el tiempo
y los viñedos
y la política mundial.
Nada de nada.
Pero está
en mi imaginario
como rostro
de lealtad.
Lo recuerdo
en su casa
ordenando
los pequeños bustos
de los presidentes

de México,
algunos calvos,
otros pelucones,
serios,
terriblemente
ridículos,
simpáticos
cuates,
doctores,
licenciados,
modosos
en el hablar.
¡Que hable
Venustiano
Carranza!
decía
Edmond Raillard,
tamborileando
con una mano,
y en la otra,
el vino blanco
verde amarillo
en la noche estival.
En el fondo
una ranchera
de Pedro Infante,
un lamento
de Negrete
o de Solís.
¡Y Venustiano
Carranza
se ponía
a hablar!
Contaba
lo difícil

de ser presidente
en un país
en llamas,
que no tenía tiempo
para ir de farra
con amigos o mujeres,
pero nos decía
salud levantando
su copita
diminuta,
y salud
también
decía
Díaz Ordaz,
muy dije,
muy licenciado,
muy miope,
muy antiguo
en su modernidad,
y salud
decía
Pancho Villa
con su diminuta
pistola
disparando
al aire,
y hay una huella
de bala
en el techo
de la casa
de Edmond Raillard.
¿Por qué
tan presente
México
en la vida

de mi amigo?

¿Por qué

tanto amor?

No lo sé.

Hombre de tantas patrias

sabe ser francés,

refinado en sus gustos,

refinado en el querer.

Tuve nubes,

tuve mar,

tuve sol.

Tengo un amigo,

Edmond Raillard.

Grenoble

era una fotografía,

un punto en el mapa,

la cuna

de Champollion

y Stendhal,

los puentes

sobre el Isère,

la nieve

con su manto de armiño,

un largo paréntesis

en las angustias del Perú.

Ahora es algo

hermoso que se hunde

en las sombras,

y el perfil

y la amistad

de Edmond Raillard.

Leve reino

El título de esta sección, que también se ha escogido para todo el volumen, alude alegóricamente a la poesía como un leve reino con sus reglas secretas y sus poderes ocultos. "Danza" y "Encender el fuego" son dos poemas que fueron escritos a principios de los años ochenta. "Jaque mate" es de 1986. Los otros poemas son de 1994-95. "Último diálogo" fue escrito en un hotel de Berlín en 1994 y su tono sombrío tiene que ver con el crudo invierno y con la incomunicación lingüística.

Leve reino

En una burbuja permanece
la infancia con su luz enceguedora.
Ahí donde pulula la vida, en el centro del patio
con su óvalo de geranios púrpuras, blancos,
ausculto el cielo azul añil
apenas con una nube fija, inmaculada,
y la fila de hormigas rojas,
y la fila de hormigas negras,
con migajas de pan,
con terrones de azúcar,
con ramitas claras y oscuras
y con ópalos de fuego.
Respiro a mis anchas
en el centro de ese leve reino.

Escucho un rumor a lo lejos:
en el laberinto de su habitación,
barajando naipes, estampas religiosas
y cartas de amor en paquetitos
amarrados por cintas de colores,
los ojos brillantes de la abuela,
noche negra, ávidas pupilas,
luciérnagas en lo oscuro de los siglos,
acarician lo prohibido, el zumo de lo ignoto,
la inminencia del placer,
el filo hirsuto de los machos,
lo raro de cada mediodía,

la vileza de los encuentros
y el susurro de la soledad
como un dondoneo inacabable
que zumba en la espalda del tiempo.

No del hastío de esos días,
de esa piel enjuta viene la escritura,
de esos ojos de ébano,
de esa gana de poner orden en el laberinto
del mundo sabiendo que es tarea inútil,
de esa voluntad férrea, de otra galaxia,
de hacer muchísimo en el laberinto de las horas,
para después salir al fresco,
mirar el cielo azul añil,
dar un suspiro, ofrecer una sonrisa.
Ahí permanece la abuela
en la nube immaculada
del cielo despejado de San Miguel de Piura,
intocada por los calendarios, mujer,
eterno desafío de la carne
contra la muerte y sus fúnebres ramos.

Danza

Es verano.
La gente
danza
con furor.
La palabra
quiere ser
fotografía
y capta
el preciso
instante
en
el
que
la muchacha
se levanta
levemente
el vestido
amarillo
y sonríe
mientras
danza.
Ella
es ahora
la luz,
la
más
hermosa

mujer
en
este
apartado
lugar
del
mundo.
Es
verano.
La
gente
danza
con
furor.

Encender el fuego (Medita Ochwia Bianco)

¿No es nuestro el padre que por ahí va?
¿Cómo se puede decir otra cosa?
¿Cómo puede haber otro Dios?
Nada puede existir sin el Sol.
¿Qué puede hacer un hombre
solo en las montañas?
Ni siquiera puede encender el fuego.
Nada puede existir sin el Sol.
Nada puede existir sin el Sol.
Ni asombro ni enojo nos posean
aunque hayan gentes diciendo
que el Sol es una bola de fuego
creada por un Dios invisible.
¡Que el Sol las cure!
¡El Sol es Dios!
¡Todo el mundo puede verlo!

¿Por qué quieren prohibir nuestras danzas?
¿Por qué abren escuelas en nuestro pueblo?
¿Por qué no nos dejan tranquilos
rezando a nuestro padre Sol
ayudándole a recorrer el cielo?
Lo hacemos por nosotros,
por nuestros hijos,
por todos los pueblos.

Que el Sol salga todos los días
renovado es bueno, es bueno.
Y nos libra de una noche eterna.

Balancín

De un lado la araña
que en su tela aguarda
el vano sobresalto.
De otro, el maromero
que vuela por el aire
protegido de la parca
por la red, allá abajo.
Sube y baja,
se columpia,
inteligente saltimbanqui.
Vuela como mosca,
es una mosca
de muchos ojos
en la cabeza.
Se balancea y cae
y lo atrapa la red
o la muerte silenciosa.

Ojos de piedra
(Máscaras y fardos
de Déborah Trahtenberg)

Desde el fondo del tiempo
ojos de piedra nos contemplan;
hundidos en lo secreto
de la tierra, en el mar profundo
y su caverna, nos hablan
del relámpago de su vida,
de nuestra muerte que tiene alas.
Quien quede indiferente que lo diga.
Mañana nuestras cuencas vacías
se llenarán también de piedra
y seremos o tierra o mar
o sol o luna
o polvo luminoso
de las estrellas.
O nada. El fardo oscuro
de la nada donde un viento
huraño se pasea.

Dama

Ten siempre esa serenidad,
esa sonrisa, consévala,
esa manera de pasar indemne
en medio de la lluvia de fuego.
Tú eres la luna y el oleaje
del mar interminable,
el día radiante y la quietud de lo oscuro,
el sol, las nubes, la estrella distante
y también el relámpago terrible
de la aurora que anuncia
lo eterno. Así eres. El corazón
del hombre lo siente y lo sabe,
lo sabe su inteligencia que cierra
los ojos, inerme.

Jaque perpetuo

A José Ruiz Rosas

En el silencio de una sala con escaques
Corre un puñal por casillas negras.
El ojo detrás del enrejado se figura
Que el mundo existe allá en la calle
Donde un tiempo lento se macera
Entre manos de los naipes y su truco.
Vorágine trae el calendario: godos y peruanos.
Clarines belísonos volando a toda vela:
Es Junín, es 6 de agosto de 1824,
Ahora vive este hombre, ahora se imagina
Que es Isidoro Suárez, valiente y exhorta.
Sonriendo el obispo Berkeley así divaga:
Los que juegan naipes en la rúa
O enfrentan a Filidor con empeño
O se pierden en laberintos que nadie inventa,
O musitan sonidos en arameo
O creen que nada es el infinito
O muchos números son la nada
Delante de la cancela prefiguran
El ojo de Borges que las inventa.
Y el obispo que siente a Borges viendo tanto
Detiene la mano sorprendido de lo que escribe:
En el silencio de una sala con escaques
Corre un puñal por casillas negras.
El ojo detrás del enrejado se figura
Que el mundo existe allá en la calle
Donde un tiempo lento se macera

Entre manos de los naipes y su truco.
Vorágine trae el calendario, godos y peruanos,
Clarines belísonos volando a toda vela:
Es Junín, es 6 de agosto de 1824,
Ahora vive este hombre, ahora se imagina
Que es Isidoro Suárez, valiente y exhorta:
Jaque. Jaque. Jaque. Jaque. Jaque.

Último diálogo

—Tanto tiempo queriendo escribir
para llegar a la conclusión
de que escribir es un parpadeo
y que da lo mismo
escribir o no escribir,
parpadear o dejar de hacerlo.

¿Acaso alguien dice:

“miro tu parpadeo,
es azul o es
una raya en el espejo?”

¿o el parpadeo
sólo se hace de humo,

vive de por sí,
pasa y no deja huella,
como un único pájaro
sobre la espuma

en el verde mar inmenso,
donde olvido y sueño
se juntan en un bostezo

de un hombre solo con su máscara
en una habitación de hotel extranjero?

—¿A quién le hablas?

¿Qué dices?

No te escucho.

Cállate. Deja

a los que han encontrado la quietud
en el tráfago de lo perdido.

Babel duerme.

Y tú vienes con parpadeos.

Busca un médico.

Cúrate.

Es un viejo tic inútil

tu parpadeo.

Bibliografía

- 1965 *Casa nuestra*. Lima. Ediciones de la Rama Florida y de la Biblioteca Universitaria. 48 pp.
- 1969 *Cuaderno de quejas y de contentamientos*. Lima. Carlos Milla Batres ediciones. 36 pp.
- 1974 *Donde no se ama*. Lima. Carlos Milla Batres ediciones. 72 pp.
- 1979 *Carpe diem*. Lima. Harahui. 54 pp. s/n.
- 1988 *Las palabras de Trilce*. (En colaboración con Elsa Villanueva). Lima. Seglusa Editores. 378 pp.
- 1990 *Cabellera de Berenice. Chevelure de Bérénice*. Grenoble. Edicions det Tignahus. Edición bilingüe castellano-francés. Traducción de Roland Forgues y de Modesta Suárez. 82 pp.
- 1990 *Muestra de arte rupestre*. Lima. Instituto Nacional de Cultura. 96 pp.
- 1992 *Cabellera de Berenice*. Trujillo. Municipalidad Provincial de Trujillo. 98 pp.
- 1993 *Casa nuestra*. Lima. Editorial Grano de Arena. 46 pp.
- 1994 *Cabellera de Berenice*. Lima. Seglusa Editores. Editorial Colmillo Blanco. 82 pp.

Índice

Pequeños pájaros efímeros 9

Casa nuestra

Oficio 15

Fábula 16

Contra Critias 20

Todos suponen 21

Torre de marfil 22

Si compasión encubres 23

Casa nuestra 25

Política 26

Con desusado interés 27

Lima 28

Casa de pensión 29

Nuevos cuidados 30

Quijote 31

Con mi cerebro de cera derretido por tus años 32

Plenitud 33

Saeta de cielo 34

Fin de visita 35

En la hora del amor guardemos silencio 36

Te alejas 37

Diccionario de calamidades 38

Triunfo 39

Verdad 40

Evocación 41

Humo primero 42

Cara al cielo 43

Veinticuatro 44

Cuaderno de quejas y contentamientos

I

Muestra de arte rupestre 49

Bartleby en el cementerio de elefantes 51

Ley 53

Último informe de don Damián de la Bandera
sobre las condiciones objetivas en la muy noble y leal
ciudad de Guamanga, en el año del Señor de mil
novecientos sesentainueve 54

Poema 56

Nausícaa nonata 57

Carta a Nausícaa 58

Poesía 60

El telescopio más poderoso del mundo 61

II

Poema 63

Casti connubi 64

Contra Biaba 65

A duras penas 67

Hombres y moscas 68

Pero doy patadas en la espinilla 70

Inconexiones al gran vendaval 72

Relaciones peligrosas 74

Donde no se ama

I Ese lugar donde no se ama

Leteo 78

Dictado 79

Naranjita 80

Cara de idiota 84
Tu voz 86
Pura pelusa 88
Anacoluto 90
Menaje 93
Descripción 94
Finge corazón 96
Puente de plata 97
Viento del fin 98
Nefasta canción 100
Poema de Sancho 101
Marina 102

II Sueños de Alonso Quijano

Daltónico 104
Dulcinea existe 105
Caxamarca 106
Vigilia 107
Tu risa 108
Delirio de agosto 109

III Cigarrales

Explicación 111
Claudia, azul antiguo 112
Diré algo de ti que suene a cascabeles 113
Amuleto 115
Diminuto homenaje 116
Danza de la mujer ebria 117
Morriña 119
El viaje 120

IV Un rato se levanta mi esperanza

Ajedrez 124
Homenaje 126
Por encargo 128

Sicut dicebamus hesterna die 129
Monólogo de Humareda 131
Setiembre, Santiago 133
Muerte de Salvador 135
Muerte de Néstor 136

Carpe diem

Rito 139
Varona y varón 140
Daguerrotipo 141
Fluir 142
Hifalto 143
Natural mind 144
Primera versión 145
Lámpara 146
Juego de manos 147
Violeta 148
Correspondencias 149
Carpe diem 150

El silbo de los aires amorosos

El silbo propiamente dicho
Las cuatro estaciones 153
Descripción de María 155
Caballo y dama 156
Cuore acceso 158

La noche oscura

Yuyo 159
Tenso cordel 161
Un mi amigo 162
Marina 163
Carta 164

Pareja 166
Dardo 167
Viejo poeta 168
Fin de la noche 169

Cabellera de Berenice

Cuaderno de buen amor
La separación de los amantes 175
El otro retrato 176
Flores para Lou Andreas Salomé 178
Amor de grajos 180
Cabellera de Berenice 181
Mujer del Perú 183
Mano soñada 184

Cuaderno de amor al Perú

Playa Grande 185
San Miguel de Piura 187
Luna de Paita 188
Lengash, agua de música y palabras 189
Matacaballo 192
Aire de Sechura 194
Fotografía 195
Manuel U. 196
Retablo 198
En lo más difícil 200
Coquelicots 202
Homenaje a Carlos Oquendo de Amat 204
El Perú 205

Diwan andalusi

Oración por al-Manzur billâh 207
Bagdad en el corazón 209
Damas de Córdoba 211

Malos agujeros se ciernen sobre Ibn Zayib 212

Cárcel de amor 215

Zonas de Wallada 216

Misiva a Ibn Zaydún 217

Muchacha de Granada 218

Zéjel 219

Medina al-Zahra 220

Última hora de Abderramán III 221

Diwan de Oriente

Hafiz compara el amor con la Vía Láctea 223

Recado de Li Po, refugiado en las montañas 224

Botón de rosa 226

Ya no humano 227

Orillas del Isère

Conversación con Roland Forgues 229

Alquimia y horóscopo de Guy Abel 231

Soliloquio 233

Leve reino

Leve reino 241

Danza 243

Encender el fuego 245

Balancín 247

Ojos de piedra 248

Dama 249

Jaque perpetuo 250

Último diálogo 252

Bibliografía 255

Marco Martos (Piura, 1942), poeta y profesor universitario. Siguió estudios de Letras en las Universidades Católica y de San Marcos de Lima, graduándose en esta última como Doctor en 1974 con una tesis sobre César Vallejo.

Como poeta se inició en 1965. En 1967 ganó los Juegos Florales convocados por la Universidad de San Marcos. En 1969 obtuvo el Premio Nacional de Poesía con el libro *Cuaderno de quejas y contentamientos*. Un libro suyo, *Cabellera de Berenice*, ha sido traducido al francés por Roland Forgues y Modesta Suárez en 1990. Numerosos poemas del autor han sido traducidos al inglés, francés, alemán y húngaro.

En 1984 fue miembro del Jurado del Concurso de Poesía de Casa de las Américas de La Habana.

Como crítico literario ha publicado en 1988, junto con Elsa Villanueva, *Las palabras de Trilce*, y en 1993 una antología de la poesía peruana de la generación del cincuenta, publicada en *Documentos de Literatura*, n° 1.



ALMA MATINAL

SERIE DE POESIA CONTEMPORANEA